

INTRODUCCIÓN

“La Argentina es un país condenado al éxito”.

Eduardo Duhalde, presidente provisional de la Argentina, 18 de mayo de 2003.

A partir del 2008 y hasta hoy el mundo está pasando por una de sus periódicas crisis. En diversos lugares de la tierra los problemas tienen la apariencia de ser terminales. Tanto en la vieja Europa como en el Nuevo Mundo, en muchos países se han producido descalabros de tipo financiero y de tipo político, y esto, claro está, repercute directamente en lo social. El objetivo de este trabajo es mostrar que el modo en que se relacionan en un país las empresas y el Estado es determinante para su futuro. A lo largo de las siguientes páginas se intentará probar que no es posible que un proyecto de nación sea sustentable en el tiempo si basa sus políticas de Estado en el conflicto y la permanente confrontación, y no logra generar un marco de verdadera y profunda confianza entre los diferentes actores sociales.

Esta reciente crisis internacional, de incierto final y con consecuencias aún no mensuradas, es ante todo una verdadera crisis moral, y una clara muestra de que el valor confianza resulta imprescindible en una comunidad mundial cada vez más integrada e interdependiente.

Si bien podría parecer necesario analizar esta coyuntura desde una perspectiva global, en estos momentos en que se celebran los bicentenarios de las independencias hispanoamericanas, una mirada desde lo que se vive allí puede resultar enriquecedora.

Para muchos autores el devenir errático de la historia latinoamericana se presenta como incomprensible. La aparente insistencia en repetir viejos errores desconcierta a cualquiera. En particular, la decadencia de un país como la Argentina que a principios del siglo XX mostraba ambiciones de convertirse en una potencia política y económica a nivel mundial, es una incongruencia flagrante.

A lo largo de las últimas décadas, el caso argentino ha sido tratado como tópico por un amplio número de autores de diversos países, que han encontrado múltiples dificultades para comprender por qué un país rico en recursos naturales y habitado por un pueblo culto y heredero de la mejor tradición hispana no logra salir adelante en sus reiterados intentos por encauzar su rumbo. Por otra parte, no son tantos los autores argentinos que han emprendido la misma tarea. Aquí, y desde una perspectiva americana, se buscará mostrar la necesidad de desarrollar relaciones de confianza entre las distintas instancias sociales.

La República Argentina es un joven país, de más de tres millones de kilómetros cuadrados de extensión y cuarenta millones de habitantes. Declaró su independencia de España el 9 de julio de 1816, aunque su primer gobierno patrio fue constituido en 1810. A partir de entonces ha sido testigo de una larga sucesión de idas y venidas, de dichos y contradicciones políticas que al día de hoy no parecen tener fin.

La Argentina durante mucho tiempo fue, o creyó ser, una nación poderosa. Con su potencial de desarrollo económico, las muy extensas planicies de sus pampas, la inmensidad de los Andes y las ventosas estepas de la Patagonia, con su subsuelo lleno de prometedoras riquezas, han quitado el sueño a aventureros de todo el mundo y a políticos de todas las épocas.

El país logró su organización institucional definitiva a mediados del siglo XIX, después de sangrientas luchas intestinas. Primero entre partidarios de la independencia y realistas y luego entre unitarios y federales, que con visiones diferentes quisieron imponer su proyecto de nación.

La culminación de este proceso de organización nacional con la firma de la Constitución de 1853, tras la batalla de Caseros, fue el comienzo de un nuevo periodo que en las siguientes décadas habría de transformar al país en uno de los principales destinos para inmigrantes de todas partes, que encontraron allí la tierra prometida luego de partir de un Viejo Mundo que ya no tenía lugar para ellos. Millones de españoles, italianos, alemanes, ingleses, europeos del este, judíos y árabes emprendieron la dura tarea de salir adelante en

una tierra en la que estaba todo por hacer y que los recibía con los brazos abiertos.

En muy poco tiempo, para comienzos del siglo XX, Buenos Aires y las principales ciudades del interior: Córdoba, Rosario de Santa Fe, Mendoza y la región mesopotámica de Corrientes, Entre Ríos y Misiones, hasta entonces tranquilos pueblos de aspecto colonial, se habían transformado en cosmopolitas conglomerados urbanos donde poco más de la mitad de la población era nativa del país.

Asimismo, los inmensos territorios incorporados después de las expediciones al desierto emprendidas por el General Julio A. Roca, conjuntamente con las innovaciones tecnológicas de las primeras décadas del siglo y la abundancia de mano de obra generada por la inmigración, hicieron de la pampa ògringaö una de las principales productoras de cereales y de carne del planeta. El sueño de ser òel granero del mundoö colocó a la Argentina como la sexta economía de la tierra, con un producto bruto *per cápita* apenas por debajo del de Alemania, pero muy por encima del de Francia o España.

Sin embargo, y a pesar de esta realidad, no se podía decir aún que la Argentina se había convertido en un país desarrollado. Su principal riqueza seguía siendo la producción agropecuaria y la exportación de materias primas, pero no la industria¹. En este esquema, el Estado alternaba, según la coyuntura, una actitud paternalista hacia la empresa con periodos de gran enfrentamiento con ella. Sólo en raros y breves periodos de tiempo se ha logrado en la República Argentina una relación enriquecedora entre ambos niveles, porque su vinculación ha estado siempre signada por la desconfianza: a lo largo de la mayor parte de la historia reciente del país, el empresario ha sido visto como alguien que sólo persigue su propio interés, incluso en menoscabo del interés general, y el Estado ha sido considerado por los emprendedores como el principal obstáculo para la iniciativa privada.

Ya en pleno siglo XX, las confrontaciones que habían impedido conseguir una verdadera unión entre los argentinos en el siglo XIX se reeditaron nuevamente de la mano de porteños y provincianos, y posteriormente entre peronistas y antiperonistas. Su origen seguía

siendo igualmente la desconfianza ante quien tiene una visión diferente de la propia.

La alternancia en el poder de gobernantes con concepciones no õdistintasö sino õpuestasö ha llevado a la Argentina a oscilar entre periodos de relativa bonanza y grandes depresiones, modelos productivos y modelos que han promovido la especulación financiera, proyectos de industrialización y otros en los que se apostó prioritariamente por la producción agropecuaria. Los más importantes observadores extranjeros, los expertos en economía, así como los inversionistas de todas partes del mundo, coinciden en señalar que la falta de permanencia de una política económica en el largo plazo es la causa principal de las dificultades de la República Argentina para conseguir un crecimiento sostenido que traiga aparejado el desarrollo. Asimismo suelen mencionar como ejemplo a nuestros vecinos de la nación hermana de Chile, que han conservado a lo largo del tiempo, desde comienzos de la década de 1970, a partir del gobierno militar, y hasta el día de la fecha, un mismo proyecto, continuado por igual por la Concertación y por el actual gobierno de Sebastián Piñera.

De todos estos datos pareciera desprenderse que la Argentina yerra en el camino. Siempre se ha confundido un Estado grande con un Estado fuerte y un Estado pequeño con uno ausente. La dogmatización de las ideologías ha generado múltiples problemas que han desencadenado, casi fatalmente cada diez años, un nuevo derrumbe económico-político.

Se puede decir que si el siglo XIX fue el de la organización nacional, el siglo XX puede llamarse el de la õdesinstitucionalizaciónö. Desde hace más de cincuenta años, en la Argentina no es posible hallar un proyecto de nación.

A lo largo de las páginas siguientes se buscará mostrar que el cambio es posible y que es menester formar parte de él. Para ello será necesario decidir, aunque esto no sea simple, qué país queremos. Habrá que generar, aunque esto parezca imposible, un marco de confianza en las instituciones y entre los distintos actores de la sociedad.

Si hemos de reconocer como cierta la òprofecíaö que mencionaba al comienzo de esta introducción, hay que aceptar al mismo tiempo que, hasta hoy, la Argentina viene haciendo lo posible por escapar a esa condenaí

Esta visión que se intenta presentar está elaborada a partir de la experiencia argentina, pero puede servir también para el resto de la región. Toda Hispanoamérica ha sido llamada òla reserva moral del mundoö y òel continente de la esperanzaö, pero quizás haya llegado ya el momento, en estos tiempos en que se está celebrando el bicentenario de las independencias políticas americanas, de dejar de ser tan sólo una promesa para convertirse por fin en una clara realidad.

Se ha dividido el trabajo en tres capítulos. En el primero se tratará de brindar una perspectiva histórico-filosófica de la concepción del mundo que hemos heredado los americanos, y de cómo hoy esa concepción se encuentra en crisis. Para la parte histórica me he basado principalmente en el desarrollo argumental de *La crisis de nuestra civilización*, de Hilaire Belloc. En el segundo capítulo se intentará explicar la importancia de la confianza en la relación que existe entre el Estado y las empresas. Se busca mostrar con claridad por qué es necesario lograr un justo equilibrio entre la iniciativa privada y las funciones propias del Estado, y las consecuencias que un sistema corrupto trae aparejadas para toda la sociedad. En el tercero se buscará insertar a la Argentina y a la región de la que forma parte en ese contexto, y se analizará su realidad actual a la luz de los conceptos anteriores. Finalmente, se incorpora también un apartado dedicado a las conclusiones del trabajo y una propuesta de acción política para los próximos años.

I. Crisis y oportunidad

Es un lugar común reiterar que el ideograma chino que representa el concepto de crisis incluye dos signos: el de peligro y el de oportunidad, pero no lo es el afirmar que, en efecto, el hecho de

encontrarse en crisis representa una verdadera oportunidad de torcer un rumbo.

Los acontecimientos del 2008 y 2009 (de los cuales aún se perciben coletazos y estertores) nos hablan a las claras de una necesidad de corregir el rumbo de la economía mundial. Las claras distorsiones de un sistema financiero que parece funcionar como si quienes están del otro lado no fueran seres humanos, por una parte; y la torpeza y la ceguera de quienes propugnan otro fin de la historia, la caída del sistema capitalista y la muerte de Occidente, muestran las terribles consecuencias de un sistema que prescinde de la ética y endiosa al mercado olvidando al ser humano.

Como se verá en este trabajo, una visión trascendente del mundo de los negocios reivindica el afán de lucro del empresario, pero intenta devolver a la empresa el papel social que ha tenido históricamente, y que hoy parece haber perdido.

I.1. El mundo

No es posible entender la evolución histórica y el presente económico y político de un continente como la América Latina, católica e hispana, si previamente no se analiza el origen de la civilización que lo dio a luz. En las siguientes páginas intentaré esbozar brevemente esa génesis, para facilitar la comprensión del problema.

A partir del siglo II de nuestra era se asentaron las características esenciales de una cultura a la que se llamó Cristiandad, y que surgió a partir de la conversión a la fe cristiana del imperio romano, *ó justo antes de que éste fracasara debido a la desesperación, pero demasiado tarde para salvarlo de la decadencia material*².

Esa conversión incluyó a muchos de los pueblos considerados bárbaros que ya formaban parte del imperio, como los francos y los godos, que habrían de cumplir un papel muy importante durante las invasiones que vinieron del norte (escandinavos), del este (orientales y eslavos) y del sur (musulmanes), y que fueron asimismo protagonistas de la victoria final.

Por el mar, provenientes de las regiones bálticas y de la península escandinava, los reinos del occidente europeo sufrieron pequeñas pero continuas invasiones que fueron difícilmente resistidas, porque la dispersión política y la falta de un gobierno central fuerte lo impidieron. Hasta la llegada de Carlomagno, rey de la Galia y Emperador de Occidente, que finalmente logró detener a aquellas hordas y logró la conversión al cristianismo de los jefes de los invasores.

Los ataques provenientes del este por parte de numerosos pueblos eslavos semisalvajes chocaron con la firme resistencia de Constantinopla, capital del Imperio Romano de Oriente, que aún conservaba su fuerza y cuya caída se producirá sólo varios siglos después. En este caso también, la victoria sobre los invasores trajo aparejada la conversión de los vencidos.

A diferencia de estos ataques, los musulmanes que intentaron el asalto de la Cristiandad desde el sur y el sureste no eran tribus salvajes e iletradas sino un pueblo que también poseía una cierta conciencia de unidad, que había desarrollado una literatura propia y una lengua compleja, y poseía conocimientos científicos muy avanzados, además de unas fuerzas militares comparables a las del occidente cristiano.

El ataque proveniente del sureste fue detenido a tiempo, pero el asedio por el sur no pudo levantarse, aunque sí se contuvo de alguna manera. Sin embargo, a pesar de las victorias militares obtenidas frente a los moros, en este caso no pudo conseguirse la conversión de los invasores, cuya fe, no solamente religiosa sino política, se mantiene hasta la actualidad.

Estas luchas tuvieron ñobre nuestra civilización, amenazada de muerte, un efecto de la mayor importancia para nuestro futuro. Este efecto,í consistió en darnos el õempleõ necesario. La presión y el calor de la lucha consolidó la Europa Cristiana en el molde donde se había fundidoõ³.

La conversión al cristianismo (catolicismo, en realidad) confirió a este mundo un sentido de unidad del que jamás había gozado hasta entonces y gracias al cual logró su subsistencia. Esta civilización

basada en la *Fides*, de la cual no sólo deriva la palabra fe, sino también el vocablo confianza, estaba destinada a regir los destinos de la humanidad durante los próximos siglos. Compartir señor y esclavo una misma religión, es decir, tener confianza en un mismo Dios, y por lo tanto también en los hombres, creados a Su imagen y semejanza, es el origen de una profunda transformación social que llevó paulatinamente a convertir al esclavo en siervo y luego en campesino libre. Tanto unos como otros se sabían parte de una civilización superior, que todos debían contribuir a mantener unida.

En la antigüedad, el imperio romano había logrado la unidad política e incluso un cierto orgullo de pertenencia común a todos sus integrantes, pero jamás tuvo ese lazo espiritual, porque cientos de cultos particulares convivieron y compitieron en su territorio. La religión ha sido, desde siempre, el principal factor aglutinante de un pueblo.

En el occidente cristiano, con el correr de los siglos cristalizó claramente la conciencia de una dualidad de poderes, cada uno con un ámbito de acción propio. Al poder sacerdotal, que tenía superior naturaleza por los asuntos religiosos a que se refería, se le denominó *auctoritas*, y al poder imperial o terreno se le llamó *potestas*.

El profesor Álvaro d'Ors, ya en nuestros días, no identifica necesariamente el concepto de *auctoritas* con el òpoder sacerdotalò como durante la Cristiandad, pero la concibe como un saber personal socialmente reconocido, y sostiene que la prudencia de la potestad consistirá en elegir bien y en realizar bien los consejos de la autoridad, y la prudencia de la autoridad consistirá en saber aconsejar bien a la potestad, indicándole lo que resulta más conveniente para el bien común. Aquí también, como se ve, el meollo del asunto radica en la confianza. Un saber socialmente reconocido no es otra cosa que un saber en el que se confía, y las relaciones entre autoridad y potestad, en su concepción, también han de basarse en la mutua confianza que han de tener en su respectiva prudencia.

El concepto de Cristiandad, concebido como nexo de unión de todo el mundo civilizado, se mantuvo incólume a pesar de los ataques exteriores y las conmociones interiores hasta el siglo XVI, en que se

produce la llamada Reforma Protestante. Fue el primer gran quiebro de esta civilización, aunque el golpe que selló su suerte definitiva fue la Revolución Francesa de 1789. Ambas situaciones fueron grandes rebeliones contra la autoridad y la tradición, a raíz de un espíritu de desconfianza que había comenzado a hacerse carne en amplios sectores de la sociedad.

A partir de ese momento comienzan a ponerse en tela de juicio conceptos hasta entonces indiscutidos: familia, propiedad y moral fueron algunas de las ideas que se empezaron a tambalear, y muchas de las instituciones que habían sido consideradas básicas para el normal funcionamiento del colectivo social sufrieron transformaciones que habrían de cambiar al mundo para siempre.

Desde el punto de vista de lo que hoy se llamaría *õmpresaõ*, podríamos decir que durante los siglos comprendidos en lo que se conoce con el nombre de Edad Media, el comercio tiene un desarrollo y una extensión muy acotada, porque la economía está basada eminentemente en la producción agrícola y tiende prácticamente sólo al auto-abastecimiento. Por otra parte, se encuentra subordinada también a una serie de valores que obligan a dividir las funciones de la sociedad, lo que lleva al desarrollo del sistema estamental. En este esquema cada individuo tiene un lugar que ocupar y una misión concreta que cumplir, que le ha sido dada y de la cual no puede librarse sin perjudicar el normal funcionamiento del todo social. A cambio de ese cumplimiento, la sociedad le brindará los bienes de que carece. Así, un labriego que con su trabajo produce alimentos para él, su señor y el clero, recibirá del noble protección contra cualquier ataque de fuera, y del clérigo oración y enseñanza; éstos, a su vez, como contraprestación por sus propias labores recibirán el auxilio de los demás estamentos. Haciendo un análisis más profundo, se puede afirmar que se está ante el reinado de la confianza. Si cada uno cumple con su misión no hay nada que temer. Si aristócratas, clero y estado llano llevan adelante fielmente las tareas que les han sido encomendadas, la Cristiandad podrá continuar su rumbo. Sin ánimo alguno de idealizar una sociedad con muchas falencias, sí es posible afirmar con certeza que el estereotipo del señor feudal autoritario, abusivo e injusto es insostenible históricamente, por lo menos como

generalización. Por su parte, la idealización del esquema posterior tampoco resiste un análisis serio.

A partir del siglo XII la economía comienza a desarrollarse con mayor impulso junto al aumento de la población, y poco a poco se produce una expansión del comercio y de la industria. Esta situación condujo naturalmente a la innovación tecnológica como medio para conseguir mayor eficacia en la producción de bienes. Podemos decir que el moderno concepto de empresa tiene su origen en esta época, aunque sólo de un modo rudimentario. La iniciativa privada, particular, sigue siendo el motor de la economía, pero lo corporativo, lo orgánico, es aún incipiente.

El siglo XIII, según Hilaire Belloc, se acercó más que otros a la regla de la justicia sobre la tierra, este periodo se acercó (a la justicia) más que cualquier otra cosa intentada antes o después, porque cada hombre tenía su lugar y aún la riqueza asumía una función noble gracias a la estabilidad que imperaba.

Sin embargo, esta estabilidad no durará para siempre. A partir de este momento se inicia la decadencia de la Edad Media. El progreso material va acompañado por el comienzo de la decadencia espiritual que desembocará en la Reforma protestante. La situación, de todos modos, se presenta como grave pero no desesperada. A pesar de que muchos de los llamados a gobernar los destinos de ese mundo no eran merecedores de confianza, seguía existiendo muchísima gente que continuaba llevando una vida santa según el ideal cristiano y vivía las prácticas de su fe aún en los peores momentos. Según la opinión del anglo-francés Belloc, esta parte fue la que salvó a la sociedad de un fin como el del imperio romano. De todos modos, hacia el siglo XV, la Cristiandad se encontraba ya maltrecha y la confianza estaba en crisis, aunque ningún nuevo sistema de valores venía a sustituirla.

Al llegar al ocaso de este periodo puede observarse un progreso material como jamás se había visto hasta entonces, debido a los descubrimientos geográficos y a los progresos de las ciencias empíricas. Precisamente por esa misma época se desata la Reforma Protestante y se acentúa la crisis del sistema basado en la confianza mutua. Refiriéndose a las consecuencias de ésta en el siglo XVIII

dice Belloc: «Descubrir que lo admitido como verdad histórica sólo era en realidad una leyenda; que lo tenido por una reliquia legítima resultaba falsoí no invalidaba la doctrina de las reliquias, ni la de los documentos verdaderos, í pero más por asociación de ideas que por otra cosa, el progreso de tales descubrimientos (se refiere a los conocimientos científicos y a los descubrimientos geográficos) conmovió a los espíritus corrientes en lo que respecta a la percepción de la verdadó⁴.

Todo el sistema comenzaba a derrumbarse. Las relaciones comerciales entre particulares, y aún entre Estados nacionales (surgidos también a partir de comienzos de la Edad Moderna) ya no se basaban en la confianza; y el afán de lucro, sin lugar a dudas legítimo, dejaba de ser un medio para convertirse en un fin.

Transpolar hechos históricos, analizarlos y juzgarlos con ñojos de actualidadó, no ha dado jamás buenos resultados, sin embargo, y sólo como comentario, podemos hacer notar al lector la similitud entre lo que acaba de narrarse y lo que hoy se está viviendo a nivel mundial por la crisis del sistema financieroí

Puede parecer estéril la mera mención de estos hechos, pero comprender los lineamientos de lo que ha sucedido en el pasado, puede ayudar a comprender el presente y a corregir errores hacia el futuro.

La Edad Moderna, se ha dicho, comienza con, y da origen a, numerosos descubrimientos geográficos. España, Portugal y otras potencias como Inglaterra comienzan entonces una desesperada carrera de conquista por el continente africano y, a partir del descubrimiento de Cristóbal Colón, también por América.

Incluso aquí, en la conquista del Nuevo Mundo descubierto por Colón, se pueden distinguir las diferentes estrategias seguidas por el imperio español y los países protestantes. Para Inglaterra los nuevos territorios han de ser fuente de riquezas o no han de ser nada, y eso se manifiesta en que hasta épocas muy tardías los ingleses no desarrollan verdaderas colonias, sino meras factorías. Es ilustrativo mencionar que el primer asentamiento permanente de Inglaterra en América es del año 1607, más de un siglo posterior a las primeras

ciudades fundadas por los españoles, a pesar de que las exploraciones habían comenzado mucho antes. España, por el contrario, emprende desde el inicio de la conquista, además de la búsqueda de riquezas que contribuyeran a solventar las necesidades de la Península, una profunda labor civilizadora y evangelizadora. A mediados del siglo XVI ya existían en América universidades fundadas por españoles. Al mismo tiempo, la legislación otorga a las provincias incorporadas un estatus jurídico similar al que correspondía a las provincias peninsulares y se dictan numerosas leyes particulares para proteger la persona de los indígenas de los posibles abusos, que existieron sin duda, pero no como parte de un plan sistemático de exterminio, por mucho que así lo pretendan las modernas teorías indigenistas y revisionistas de izquierda.

En los siglos posteriores, desde el XVI, pero sobre todo en el XVII, se produce el desarrollo de una escolástica tardía (la Segunda Escolástica), que refuerza el reconocimiento en el ámbito de la filosofía, de la importancia de la empresa y el comercio en la economía social. Si bien respecto de la actividad mercantil, como explica Chafuén, Santo Tomás había escrito ya en el siglo XIII que la conservación y el almacenamiento de bienes, la importación de bienes necesarios y el transporte de mercaderías desde los lugares donde abundan a los lugares donde escasean, son tipos de comercio útiles y por ello justificaba las ganancias comerciales, son estos escolásticos tardíos quienes por primera vez incluyen en sus doctrinas presupuestos de libertad económica tal como hoy es entendida.

Basándose en la tradición aristotélica y en la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que recordaba la condena de San Agustín a la herejía ñapostólicaö, los escolásticos tardíos de los siglos XVI y XVII profundizan las bases de un sistema basado en la propiedad privada, conforme los cimientos puestos por los escolásticos medievales. ñEl mejor ejemplo de esto es quizás H.M. Robertson, quien escribió que los jesuitas (de este periodo) favorecieron el espíritu de empresa,í y la expansión del comercio como beneficio social. No es difícil juzgar que la religión (sic) que favoreció el espíritu del capitalismo fue la jesuita y no la calvinistaö⁵.

La Revolución Francesa fue el golpe de gracia, como se ha dicho, a una manera de concebir el mundo. Al decir de Rafael Alvira, los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad que propugnó, y su *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*, marcan por primera vez el triunfo de un sistema de ideas abstractas que intenta imponer un modo de identificación. Para los revolucionarios franceses ya no resulta aceptable ninguna identidad de la persona proveniente de la corporación, ni de la familia. La única identidad aceptable será la de que cada individuo es ahora òlibre e igualö.

Como enunciado se presenta atractivo y hasta justo, pero la realidad, como suele suceder, nos mostró que la implementación de estas ideas llevaba consigo la comisión de atrocidades aún peores que las que habían òjustificadoö el nacimiento de la Revolución. Los abusos cometidos en Francia condujeron casi directamente a la reacción encarnada por Napoleón, cuyas ideas no diferían en profundidad de las de 1789, pero que supo comprender que la humanidad fuera de cauce sólo avanzaba hacia el abismo, e intentó poner límites de alguna manera a tanto desenfreno. Como tantas veces ha sucedido, y así lo demuestra la Historia, los que pretenden liberarse de un yugo asesinando a un rey en nombre de la libertad, suelen terminar sus días postrados a los pies de un emperador aún más opresor⁶.

De este modo llegamos al siglo XIX, que en España había sido preparado durante el XVIII con la llegada al poder de una nueva dinastía.

I.2. España

En España, los cambios antes descritos no fueron tan bruscos ni tan dramáticos. Puede decirse que este país fue el último baluarte del modo de concebir al mundo propio de la Cristiandad. La modernización no implicó inmediata ni necesariamente una subversión de las costumbres y las ideas morales vigentes hasta entonces.

El siglo XVIII fue, para España, el del comienzo de la dinastía de los Borbones: durante el reinado de Felipe V, que gobierna durante medio siglo de historia española, se aceleró un claro proceso de

modernización y de mirada hacia el futuro. El traslado a Cádiz en 1717 de la Casa de Contratación, hasta entonces instalada en Sevilla, es quizás un síntoma de ello. Sin embargo, y a pesar de estos cambios, subsistía la clara conciencia de que el comercio con las colonias americanas seguía estando muy mal gestionado, aunque las causas no estaban claras. El Real Proyecto de 1720 y su reforma fiscal buscaban promover las exportaciones para favorecer de esa manera la industria española. Asimismo, la hipertrofia de la burocracia estatal y la lucha contra la alta nobleza llevaron a Felipe V a abandonar el sistema de Consejos y a proseguir, como Carlos II, con el asesoramiento cuasi ministerial de Juntas y a crear las Secretarías. El reinado de Felipe V proyectará hacia el futuro muchas de sus ideas.

Estas medidas tendentes a modernizar España no deben interpretarse como una ruptura respecto de lo anterior. Ya se ha dicho previamente que la península hispánica fue el último bastión de los valores que habían caracterizado al mundo de la Cristiandad. Se buscó la vinculación útil de España con las potencias de la época y la relación fructífera entre un monarca poderoso y sus súbditos. Al decir de González Enciso en su obra *Felipe V: la renovación de España*, esta búsqueda fue el equivalente de lo que hoy llamamos eficacia y competitividad.

El proceso de devolver a España el prestigio perdido colocó a la reforma militar en un lugar de protagonismo en esta renovación de estructuras y la convirtió en una de las principales preocupaciones de Felipe V y de Fernando VI. Con el impulso dado a los astilleros de Cádiz y La Habana se pretendió reducir el desfase marítimo respecto de Inglaterra, y se logró. Sin embargo, estos gastos, así como los realizados en los numerosos conflictos bélicos del periodo, pronto llevaron a España a un desequilibrio económico que dificultó la situación a futuro.

En este esquema, con el objeto de conocer la cantidad total de vecinos del reino, de modo que se pudieran asignar equitativamente recursos y distribuir cargas, a finales de la década de 1760 el Conde de Aranda recurre a la estructura administrativa de la Iglesia. Con acertado criterio, en 1787 y en 1797 volvieron a realizarse censos

generales pues, al decir de Torres Sánchez ò los gobernantes ilustrados pensaban que, para combatir la desconfianza natural de la población ante un censo, era necesario que éste se repitiera periódicamente, y con ello disminuirían los recelos de la población⁷. Esta desconfianza, que llevaba habitualmente a la ocultación de datos, se debía a que generalmente los censos eran realizados con el único objeto de imponer nuevos gravámenes.

El proceso de renovación y de relanzamiento de España como potencia mundial proseguirá con Carlos III, el rey que, al decir de John Lynch, condujo a España a su renacer político, económico y cultural.

El reinado de Carlos III, que venía de gobernar el reino de Nápoles, prosiguió y profundizó la labor renovadora de Felipe V y Fernando VI.

En este periodo, la sociedad estamental en España ya no funcionaba de la misma manera que en el s. XVII. Las diferencias en las condiciones de vida, medios económicos y relaciones sociales existentes entre las clases privilegiadas eran más que manifiestas, y ya no se puede hablar de la simple división tripartita de antaño. Esta vez, las lealtades giran en torno a una familia que se amplía y excede los límites de los vínculos de sangre, atravesando las barreras estamentales para convertirse en lo que se llamó òclientelaö. òLos beneficiados por los cargos administrativos ódice el Dr. González Enciso en *Los Borbones en el siglo XVIII (1700-1808)*ó serán leales al ministro que los encumbró; los campesinos manifestarán igual lealtad al señor jurisdiccionalí ö⁸, etc. Las relaciones sociales y la unidad, a pesar de haber cambiado las circunstancias, siguen basándose en los vínculos de confianza. España sigue siendo, de una manera distinta, una sociedad que fundamenta su unión y su funcionamiento en valores heredados, en una tradición. La defensa mutua de aquellos con los que uno está ligado continúa siendo aún la razón que explica el normal desenvolvimiento del conjunto.

Esta sociedad ve flexibilizadas las barreras entre los distintos estamentos gracias a la piedad popular y a las tradiciones folklóricas, por lo que es posible decir también que el vínculo que

cohesiona los estratos sociales proviene asimismo de la herencia de tiempos pasados, en cuya sabiduría aún se confía.

Esta flexibilización, este desvanecimiento de los límites entre estamentos, se ve reflejada en el importante aumento de la movilidad social que se produce durante el siglo XVIII, con el crecimiento y desarrollo de la mentalidad burguesa, aunque esto no quiere decir que desapareciera la mentalidad aristocrática, sino que se presentó un doble ideal. Por una parte, el deseo de que la aristocracia se fundara en méritos propios. Por la otra la afirmación de la dignidad social de cualquier trabajo útil⁹. Como se ha dicho anteriormente, la revolución, en España, no fue una subversión de los valores, sino, en importante medida, sólo una adecuación de las formas de convivencia social a una realidad más moderna. Si no hubo una verdadera revolución fue, en gran parte, porque el absolutismo, el liberalismo creciente y el corporativismo tradicional hicieron gala de su moderación, y porque la nobleza, aun cuando no se resignó jamás al papel secundario que le reservaron los Borbones, consecuente con sus ideales, respetó siempre la voluntad real¹⁰.

Un ejemplo de esta situación, que buscaba premiar la virtud y el mérito individual y personal por encima de la sangre, se encuentra en la creación de la Orden de Carlos III en el año 1771.

En el siglo XVIII la burguesía llega al apogeo de su poder. Muchos de los burgueses industriales del siglo XVII y del XVIII alcanzarán la nobleza, por lo que si bien desaparece su estatus jurídico específico, sus ideas y valores son los dominantes en este periodo.

Esta es la España que será testigo de las luchas por la independencia que han de desatarse apenas comenzado el siglo XIX en sus territorios de ultramar. Una España que se moderniza. Una España en la que conviven, en relativa armonía, valores y tradiciones heredadas con la inquietud propia de las modernas tendencias que provenían de los nacientes liberalismos.

En ese marco se producirá el nacimiento de las nuevas repúblicas americanas y de la República Argentina, país en el que han de pervivir, de un modo aparentemente contradictorio, esas mismas

tensiones. La América Latina, luego de su independencia, ya no será española, pero sin lugar a dudas seguirá siendo hispana.

I.3. América

Podemos decir que el siglo XIX comienza casi junto con el reinado de Napoleón, quien, en el año 1807, con objeto de intentar la conquista de Portugal, solicitó permiso al rey Carlos IV para atravesar con sus tropas el territorio hispano. Sin embargo, posteriormente, pese a los compromisos asumidos, se negó a retirar sus tropas de España, dando posteriormente origen a la llamada farsa de Bayona y a la entronización de José Bonaparte como rey de España.

La indignación ante este atropello condujo a la guerra de independencia española, que duró seis años, y durante la cual se formaron numerosas juntas provinciales que gobernaban en nombre de Fernando VII, hijo de Carlos IV y prisionero de Napoleón.

En esos mismos años, en todo el continente americano habrá de librarse una guerra con muchos frentes, de la que habrán de nacer casi todas las repúblicas americanas actuales.

La creciente autonomía, material si no formal, que habían logrado las colonias en el siglo XVIII durante los gobiernos de Felipe V y Fernando VI, fue contrarrestada a través de una reestructuración burocrática encarada por Carlos III durante los años de su reinado. Se crearon nuevos virreinos, se nombraron nuevos funcionarios y se intentaron nuevos métodos de gobierno con el fin de supervisar más de cerca la lealtad de los súbditos americanos, pero este tipo de control no sólo no logró su objetivo sino que contribuyó grandemente al nacimiento de los movimientos independentistas americanos.

A pesar de lo que afirma la historiografía clásica y los historiadores más renombrados en la Argentina, como Ricardo Levene y Vicente Fidel López, no fue la lectura de Rousseau, Montesquieu y Voltaire, ni la de ninguno de los escritores de la Revolución lo que inspiró a los partidarios de la emancipación, pues precisamente contra cierta

ideología liberal que empezó a filtrarse desde España fueron inicialmente las revueltas. Como reconoce John Lynch, ños liberales españoles no eran populares. Los intereses coloniales encontraban inhibitoria la nueva política y se resentían de la inusitada presión de la metrópoli¹¹.

Antes que la Revolución Francesa, que con sus ideas libertinas y antirreligiosas repugnaba al espíritu de los americanos (Saavedra, San Martín, Bolívar, Belgrano, O'Higgins, Matheu y el Deán Funes, entre otros) fue la Revolución Norteamericana la que orientó en alguna medida el actuar de los patriotas.

Si en esto hemos de seguir al historiador John Lynch, debemos decir que de los dos grandes movimientos liberadores que se presentaron como modelo, el francés fue el que menos atrajo a los americanos. La radicalización de la Revolución Francesa produjo el rechazo y el repudio de los hispanoamericanos.

La invasión napoleónica y la coronación de José Bonaparte como rey de España fue determinante al ocasionar un serio problema de representación política en Hispanoamérica: no podían tener a los Borbones, desconfiaban de los liberales y no querían a Napoleón. La pregunta acerca de a quién había que obedecer condujo rápidamente a las ideas de libertad. En esta coyuntura se encuentra quizás resumido el porqué de todo el proceso emancipatorio en América.

Las revoluciones emprendidas en territorio americano por la independencia del dominio español no tuvieron la carga de odio y resentimiento antieuropeo que tanto gusta a las modernas izquierdas políticas. Por el contrario, si bien existían numerosos factores, sobre todo económicos y comerciales, que inquietaban desde hacía tiempo a los americanos y que los habían llevado a desarrollar estas ideas de libertad, los patriotas argentinos que llevaron a cabo la tarea emancipadora se sentían españoles tanto como americanos. Hugo Wast, novelista al fin, más que historiador, utiliza una metáfora para describir el ánimo reinante, y sostiene que la independencia americana puede compararse a la emancipación de una hija que ha llegado a su mayoría de edad. En efecto, el corsé mercantil que España había colocado a las colonias ya no era adecuado en el

grado de desarrollo que América había alcanzado, pero, continuando con la metáfora *wastiana*, esa emancipación no le llevó a renegar del apellido materno. Las nuevas naciones americanas conservaron la cultura, los valores y la religión que habían heredado de España¹². Podemos afirmar que Tocqueville acierta cuando sostiene que en esta época ha ñnacido una fuerza desconocida, que se puede esperar reglamentar y moderar pero no vencer, que a veces impulsa a los hombres con suavidad y otras les precipita a la destrucción de la aristocracia¹³. La madre de los movimientos independentistas del Nuevo Mundo, la Revolución de Mayo, de naturaleza militar, fue una revolución incruenta; a diferencia de la francesa, de naturaleza popular y civil, que resultó cruel y sanguinaria.

Ya se ha explicado anteriormente que en este trabajo se analizará principalmente la realidad y la historia argentinas, pero que, por los fuertes lazos de origen, raza y religión, mucho de lo que aquí se estudia resultará de aplicación para el resto de los países de la América Hispana.

A partir de mediados del siglo XIX y hasta nuestra actualidad, ha comenzado a elaborarse una versión de la historia de la Independencia muy diferente a la que se había tenido por cierta hasta ese momento. Mucho se ha hablado y escrito desde entonces acerca de las revoluciones populares que en América Latina condujeron a la formación de los nuevos países, pero, a pesar de la iconografía y la literatura que así lo pretenden, los movimientos independentistas poco tuvieron que ver con lo que hoy llamamos pueblo. Durante los sucesos de 1810 en la Argentina, que pasarían a la historia como la Revolución de Mayo, la situación de incertidumbre en la que se encontraban las provincias del Río de la Plata por la cautividad de Fernando VII ñEl Deseadoñ, llevó a convocar un Cabildo Abierto que decidiera los pasos a seguir. Se repartieron apenas 500 invitaciones entre los más de 40.000 habitantes de la ciudad, y sólo asistieron a la asamblea que destituyó al virrey y puso en su lugar a una junta de gobierno, aproximadamente la mitad de ellos. Por otra parte, tampoco se enviaron invitaciones al resto de las provincias que conformaban el virreinato. Los archivos de la época dicen que las invitaciones

fueron repartidas entre òla parte sana y principal del vecindario (de Buenos Aires)ö, con lo que queda claramente demostrado que en una sociedad aún estamental, como lo era la argentina, no se entendía por pueblo exactamente lo mismo que hoy.

La parte sana y principal del vecindario estaba conformada por muchos militares, comerciantes respetados, algunos pocos nobles y numerosos religiosos y sacerdotes. Ese fue el òpuebloö que decidió quitar al virrey Cisneros del poder y colocar en su lugar a la que habría de pasar a la historia como la Primera Junta de Gobierno Patrio, que en 2010 ha celebrado su bicentenario. Sin embargo, a pesar de lo escaso del número, no se puede negar la representatividad que este grupo tenía respecto de toda la población, que no fue invitada a participar pero tampoco hubiera querido hacerlo, pues sabía que sus intereses se encontraban bien guardados por esa *élite* en la que confiaba.

El Cabildo Abierto del 25 de mayo de 1810 decidió el cese en el cargo del Virrey Cisneros y puso en su lugar a la Primera Junta de Gobierno Patrio. Este hecho fue el comienzo del proceso de independencia que culminaría con su declaración formal, en Tucumán, el 9 de julio de 1816.

A lo largo de la siguiente década se declararon las independencias de la mayoría de las naciones latinoamericanas, orientadas por los mismos principios y a través de la directa vinculación de sus principales artífices (San Martín, Bolívar, O'Higgins y Artigas).

Si, como pretenden tantos autores, la revolución en el Río de la Plata es consecuencia de la Revolución Francesa, no es posible explicar la naturaleza católica y tradicional del país al que dio origen. Basta mencionar como testimonio de ella el gran número de clérigos que tomaron parte activamente de los sucesos de mayo y de los posteriores (Alberti, el Deán Funes, etc.), así como los actos de consagración a la Virgen que San Martín y Belgrano realizaron en sus campañas.

Si la Ilustración inspiró los anhelos de libertad e igualdad absoluta en las provincias argentinas nada explica que el modelo que prosiguió haya sido casi òfeudalö. Si bien hubo intentos

modernizadores en los primeros años después de la declaración de la Independencia, la organización social en el país no se plasmó en una burguesía dominante y grandes masas de asalariados, sino en una especie de aristocracia terrateniente con peones a su servicio. La relación entre patrón y cliente era el vínculo fundamental. El propietario quería mano de obra, lealtad y servicio. El peón necesitaba medios de subsistencia y seguridad. El estanciero se erigió en protector para defender a los que estuvieran a su servicio de los indios merodeadores y de los grupos rivales¹⁴. La confianza se erige aquí también como el factor principal de cohesión social.

La figura del gran patrón de enormes estancias, pronto amplió el alcance de su poder y se transformó en caudillo. Hacia 1820, tras una década de enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias del interior del país, las Provincias Unidas del Río de la Plata se encontraban menos unidas que nunca. Las luchas entre unitarios y federales habían impedido una verdadera unión. A lo largo de la primera mitad del siglo XIX podemos encontrar en el territorio de la actual República Argentina numerosas repúblicas independientes que se resistieron a los intentos de Buenos Aires para tratar de someterlas. Si bien en cada provincia subsistía internamente un régimen que conservaba su cohesión gracias a la confianza, las relaciones entre ellas y las de ellas con Buenos Aires estaban signadas por la perpetua sospecha y la contraposición de intereses.

Esta situación dificultó enormemente la constitución del país en cuanto tal. Pocos años antes se habían perdido las provincias del Paraguay, del Alto Perú (hoy Bolivia) y la Banda Oriental (hoy República Oriental del Uruguay), y el presente mostraba una realidad en la que todas las provincias tenían aspiraciones de unidad, pero múltiples conflictos entre ellas lo impedían.

La llegada al poder de Bernardino Rivadavia, burócrata y anticlerical, a comienzos de la década de 1820, trajo ideas de modernización y pretendió llevar adelante un plan ilustrado, desarrollista y unitario, que se enfrentaba a la concepción tradicional de los federales y precipitó su caída poco más de un año después de su entronización. Las luchas intestinas cobraban vigor,

la desconfianza se acrecentaba y el desorden campeaba tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Esta fue la situación que llevó al poder a Juan Manuel de Rosas, federal, que en 1829 fue elegido gobernador de Buenos Aires y recibió de la asamblea la suma del poder público y el mandato de restaurar el orden.

A partir de Rosas, la *élite* comerciante y funcionarial que había ostentado el poder formal después de la Revolución de Mayo de 1810 cedió el paso a los caudillos y estancieros en el ejercicio del poder político. Rosas entendía la sociedad como un esquema en el que unos mandan y otros obedecen, y así pretendió gobernar, con mano de hierro.

El sistema adoptado por Rosas, tradicional y autoritario, no varió demasiado a lo largo de las dos décadas que duró. Su hegemonía, sin embargo, sólo fue efectiva en Buenos Aires. Las demás provincias ñse gobernaban a sí mismas independientemente, aunque estaban agrupadas en la Confederación de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Rosas aceptó este hecho y prefirió regirse por el poder informal de las relaciones interprovinciales en vez de hacerlo por una constitución escrita¹⁵. Rosas se resistía a preparar una constitución para la Argentina pues consideraba que previamente era menester que las provincias se organizaran a sí mismas y se derrotara al enemigo común: los unitarios. De todos modos, desde su papel de gobernador de Buenos Aires, consiguió algo que desde los años previos a la Independencia nadie había conseguido: que las provincias delegaran en él la representación exterior del conjunto del país.

La Argentina, sin embargo, seguía sin tener una verdadera unión. Las coaliciones temporales no alcanzaban a disimular la dispersión general. La conciencia de ser partes de un todo no menguaba, pero hasta la caída de Rosas en 1852, tras la batalla de Caseros, el país continuó estando fragmentado, como escenario de permanentes guerras entre caudillos locales.

Hasta ese entonces, la economía había sido eminentemente ganadera. La exportación de cueros y de carne salada vacuna, inicialmente, y la exportación de lana a partir de la década de 1840, constituían la base de una economía que poco tenía de industrial. El

empresario era el estanciero, el hacendado, y, como se ha dicho, su relación con el poder político era casi simbiótica o fungible. Se puede decir, sin embargo, que la confianza en esta relación (que es base y fundamento de este trabajo de investigación) no era lo que la hacía posible, sino tan sólo la mutua conveniencia.

La introducción de la raza merina en la Argentina abre la oportunidad de nuevos mercados, a partir de 1840, y al mismo tiempo es el origen del primero de los grandes impulsos de inversión destinada a la producción y a la industria, aunque limitado a este sector. ÕPara mejorar la calidad de las ovejas se necesitaba no sólo importar crías europeas sino también introducir nuevas formas de producción ómejorar la hierba de las pampas, alambrar los campos, construir galpones para esquila y almacenar la lana, y abrir pozos. A su vez, todas estas actividades aumentaban la demanda de mano de obra¹⁶.

Poco a poco fue naciendo una nueva Argentina. Los inmigrantes que venían a trabajar como pastores, los extranjeros que compraban tierras para establecerse en ellas y las nuevas tendencias de consumo fueron un signo de ello. Las ciudades poco a poco fueron mejorando su infraestructura, y la llegada del ferrocarril a mediados de la década de 1850 acortó las distancias y aceleró el progreso.

En tan sólo 20 años, los comprendidos entre 1860 y 1880, se duplicó el valor de las importaciones provenientes de Europa, y, por otro lado, se multiplicó grandemente la exportación de productos tales como lana, cueros y carne salada.

A partir de esa época comienza un proceso de modernización en el país, de la mano de la organización judicial nacional y de un ejército que confirió al presidente un verdadero poder con alcance hasta los puntos más alejados de la Argentina.

La economía y el modo de relacionarse jurídica y políticamente el Estado con los emprendedores cambiarán profundamente, Õmodernización quería decir crecimiento a través de las exportaciones del sector agrario, inversiones en la nueva infraestructura, e inmigración. Algo de capital local se invirtió

Pero las inversiones dependían esencialmente de la llegada de capital extranjero, sobre todo de Gran Bretaña¹⁷.

El tendido de miles de kilómetros de vías férreas (Argentina llegó a tener una de las redes ferroviarias más extensas del mundo) y la mejora en las comunicaciones marítimas debido al progresivo reemplazo de los barcos a vela por los vapores fueron un factor muy importante también en este proceso. Poco a poco la Argentina fue consiguiendo su integración, y los millares de familias de inmigrantes que arribaron al país a partir de la década de 1850 fueron los causantes de la òcerealizaciónö de las pampas argentinas, que habrían de transformarse para siempre en símbolo y sinónimo de este país. En este sentido, Cortés Conde sostiene que òel aumento de la producción y de las exportaciones de lana fue la respuesta a la mayor demanda de los países de la Europa continental, en especial de Francia, y de los Estados Unidosö¹⁸.

Ese momento quizás haya sido el único en toda la historia argentina en que el Estado y la empresa mantuvieron una relación fecunda y racional. Los capitales extranjeros fluyeron constantemente y sin interrupciones, seguros de que era posible hacer buenos negocios contribuyendo al desarrollo de la nueva nación, y el Estado supo hacerse digno de esa confianza, manteniendo las reglas de juego y viendo a los empresarios como importantes actores sociales, y no como rivales ni como una clase a someter.

Este cambio profundo y duradero, que llamó la atención de emigrantes e inversores de toda la tierra, estuvo vinculado a dos actividades concretas (agricultura y ganadería) así como a la incorporación de capitales y mano de obra extranjera.

Lucas Llach y Pablo Gerchunoff expresan también, destacando el papel que tuvo el Estado en la construcción del marco que luego posibilitaría el ingreso y la permanencia de los capitales en el país, que òlas sucesivas administraciones fomentaron activamente, con los medios que tenían a su alcance, un acelerado proceso de incorporación de factores que de otro modo difícilmente se hubiera dadoö¹⁹.

Como es evidente, esta posición, si bien distaba de ser intervencionista, también estaba lejos del liberalismo a ultranza que se achaca a la llamada "Generación del 80". El Estado tenía un papel activo, pero no como gestor de negocios, sino como "facilitador".

Por otra parte, para la consecución del lema de Alberdi, "gobernar es poblar", a partir de 1876 se "decidió la creación de un Departamento General de Inmigración, con la intención de concentrar los esfuerzos del gobierno. Además de difundir en Europa información sobre la Argentina, este organismo garantizaba a los inmigrantes un arribo relativamente cómodo"²⁰.

Este periodo de bonanza duraría, casi sin interrupciones, hasta la segunda década del siglo XX.

II. La confianza en el Estado y en la empresa

En el primer capítulo de este trabajo se ha realizado un breve esbozo de los factores que contribuyeron a crear el caldo de cultivo del que surgieron las nuevas repúblicas americanas, en particular la Argentina, y se ha mostrado también cómo la confianza fue la base y el rasgo característico del mundo occidental durante muchos siglos. Asimismo se ha señalado cómo factores económicos, políticos y sociales determinaron el nacimiento de los nuevos países de Hispanoamérica, y cómo el comercio y la empresa tuvieron un papel preponderante en la gestación y desarrollo de esa nueva realidad que fue la Argentina. Por último, se ha intentado explicar de qué manera la construcción de un sistema económico-político estable y duradero generó durante un lapso prolongado de tiempo las condiciones necesarias para el progreso económico y social de ese país.

En este epígrafe intentaré demostrar que no es posible que los países puedan desarrollarse sostenidamente, ni siquiera en un marco de respeto por la libertad personal y económica, si el valor de la confianza no subyace en las relaciones intra-estatales, intra-empresarias y en las que existan entre Estado y empresa. Como sentencia García Díaz: "ó una política exclusivamente dedicada a

asegurar la libertad con un marco de seguridad jurídica, que deja todo lo demás al libre juego de las fuerzas sociales de la sociedad civil óel utópico proyecto de la mano invisibleó produce las más graves injusticias y contradicciones²¹. Simple seguridad jurídica es absoluto voluntarismo estatal. Es menester insuflar confianza en todos los niveles de la sociedad.

Para una mentalidad liberal tal pensamiento puede resultar indigesto, pues las ideologías no conocen medias tintas: afirmar que dejar todo en manos de las fuerzas del mercado es suicida, es para ellos lo mismo que decir que es el Estado quien debe regular las relaciones personales y comerciales entre los distintos actores sociales. Sin embargo, no es esa la intención del párrafo precedente. Lo que se busca es evitar caer en la òingenuidadö que ha llevado al mundo a la situación compleja de incertidumbre que hoy campea en todos los ámbitosí

A Confucio se atribuye la frase òtres cosas son necesarias para poder gobernar: armas, comida y confianza. Si no se pueden tener las tres, se debe abandonar primero las armas y en segundo lugar la comidaö. Quizás la cita sea apócrifa, pero ello no la hace menos gráfica. Partiendo de la idea de que no es necesario explicar que el núcleo básico de la sociedad es, sin duda, la familia, y que la familia es el primer ámbito de la confianza, a continuación se buscará mostrar la importancia de este concepto en el Estado y en la empresa.

II.1 El Estado

En primer lugar, y antes de empezar cualquier análisis de este asunto, es importante determinar de qué modo se entiende la confianza en el marco de las relaciones entre instituciones públicas y organizaciones empresariales. En su conocida conferencia sobre la confianza, Robert Spaemann deja claramente explicado que sólo hay confianza en sentido propio cuando se trata de relaciones entre personas; cuando nos referimos a la confianza entre personas y sistemas, aparatos o instituciones, nos estamos refiriendo a este valor en un sentido en parte metafórico y en parte propio. Esto es

así porque la confianza, *stricto sensu*, sólo se da entre seres humanos. No es verdaderamente confianza lo que podemos sentir por el Estado, o por una empresa, o por un comité de profesionales, sino que podrá existir, en todo caso, confianza en las personas que los componen. òEn el fondo, ódice también Spaemannó ni siquiera existe la confianza en los comités o consejos asesores, pues ellos no tienen concienciaö²².

El estado nace en el Renacimiento, a partir del siglo XV, cuando comienzan a constituirse grandes monarquías conformadas por diversas realidades étnicas, culturales y lingüísticas. Desde la segunda mitad de ese periodo, a su vez, la palabra patria comienza a adquirir un significado político y se le asigna un contenido axiológico, al igual que el término nación que, si bien mantiene el sentido tradicional por el cual agrupaba a aquellos que hablaban una misma lengua, comienza a adquirir también connotaciones políticas y geográficas. La identificación con el lugar de origen trajo aparejada como contrapartida la desconfianza ante aquél que provenía de fuera, dando origen a los posteriores nacionalismos.

Esta idea de Estado, junto al concepto de soberanía territorial, propició la elaboración de un primitivo concepto de frontera, aunque los territorios políticos no tenían aún una definición lineal porque las fronteras eran elásticas y poco claras. Esta primera concepción de Estado también llevó a considerar la necesidad de relacionarse política y económicamente con las demás entidades estatales y de ese modo comenzaron a desarrollarse los principios básicos de la diplomacia y el derecho internacional.

En el siglo XV la Cristiandad como unidad ya se encuentra en crisis, pero aún no ha desaparecido. La llamada òrazón de estadoö todavía no ha sido introducida como instancia última y definitiva, justificadora de toda decisión estatal. Sólo a partir de *El Príncipe* de Maquiavelo ese concepto comenzará a formar parte del òmanual de instruccionesö de todos los gobernantes, desde entonces y hasta el día de hoy, con las terribles consecuencias éticas y sociales que eso ha traído consigo.

En ese sentido, Montserrat Herrero afirma que õcon el nacimiento del Estado Moderno (el que sigue a Maquiavelo) se crea un abismo insalvable entre el Estado y el conjunto de individuos aisladosö²³.

En el año 2008, y como consecuencia de la crisis internacional del crédito, que ha ido extendiéndose como un cáncer a lo largo y a lo ancho del planeta, han vuelto a la palestra una serie de ideas que parecían desterradas, pero que han regresado con renovados bríos. En diversos foros internacionales se ha planteado como solución a los problemas financieros globales la antigua receta del intervencionismo estatal. Para quienes sostienen tales ideas es necesario que el poder público sea cada vez mayor para controlar a los particulares y, de esa manera, favorecer el desarrollo de lo que se considera deseable para el Estado. õUna rápida observación a los contenidos de los medios de comunicación actuales nos informa claramente del exceso de Estado y del defecto de Sociedad Civil que acusa la sociedad actual. Casi todo es gobierno, política, poder, partidos, sindicatos, presupuesto público, sector público. Casi nada es empresa libre, liderazgo social, conocimiento, humanismoö²⁴. Al respecto, sentencia Herrero, õEl mundo ha quedado dividido en dos esferas: el Estado controlador de cada detalle de la vida de la nación y de sus individuos, con un poder total; los individuos con unos derechos de libertad que pretenden ampliar continuamente, pero sin poder realö²⁵. Sin lugar a dudas esto no es casual sino que es un claro síntoma de que el poder público no es capaz de confiar en el õbuen sentidoö de la sociedad. Esto es así porque la concepción racionalista e individualista que el mundo moderno ha adoptado a partir de la Revolución Francesa, que reniega de la tradición y pretende que tanto el derecho como la política tengan como origen la õrazónö (que hoy se identifica con el Estado), no acepta la sociedad como tal, sino tan sólo como agregación de individuos.

Sin embargo, y pese a todos estos õnuevos elementos de juicioö, la realidad demuestra claramente que no es posible que una nación sana logre un desarrollo sostenido si no se establecen claramente los alcances de la actividad estatal y no se deja un amplio margen de libertad para el desarrollo de la iniciativa privada. Alguien dijo alguna vez que la lucha entre liberales e intervencionistas debería terminarse, pues los paradigmas en que se basa su discusión son

falsos. Hoy la dogmatización de los planteamientos ideológicos no tiene razón de ser. Hace falta sentido común.

La seguridad jurídica, que no es otra cosa que confianza en que las condiciones en que he contratado o invertido han de mantenerse en el tiempo, es un presupuesto básico en un mundo que busca progresar. El intervencionismo estatal, el Estado omnipresente, con su casi inherente carga de inseguridad jurídica, jamás ha rendido los frutos esperados. De la misma manera, la tesis contraria, que propone la existencia de un Estado ausente (aunque parezca contradictorio), ocasiona problemas similares e igualmente perniciosos.

Una concepción que podría llamarse moderna (aunque no lo es en modo alguno, pues es la base de toda la Doctrina Social de la Iglesia) lleva a preferir un poder público que no intervenga innecesariamente y que se rija por el principio de subsidiariedad. Es decir, que no asuma como propias funciones que puedan ser llevadas a cabo por los particulares. Sin embargo, y simultáneamente, este poder público deberá contar con los medios necesarios y la eficacia requerida para aplicar las sanciones que correspondan a quien cometa abusos o se salga del marco mínimo establecido para lograr el bien común, y para contribuir, por medio de la prudencia política, a la generación de riqueza. En ese sentido Calleja afirma que õlas relaciones y el reparto de funciones y poder entre Estado y Sociedad Civil son importantes para la competitividad estructural de la empresa, esa parte de la competitividad sobre la cual la empresa crece y construye la otra parte de la competitividad, la parte que depende de ella y de su trabajo y esfuerzo²⁶.

El principio de subsidiariedad requiere del Estado una õactitudõ que contribuya a que cada persona, cada individuo, puede ayudarse y desarrollarse por sí mismo, para que, de este modo, facilite también el desarrollo social.

Tanto la desconexión entre la actividad pública y la privada como la intromisión del Estado dentro de la empresa producen resultados funestos. La historia muestra que, durante mucho tiempo, en los distintos países americanos se confundió un Estado fuerte (es decir,

en condiciones de cumplir acabadamente con su misión) con un Estado grande (un estado hipertrofiado, con legiones de òfuncionarios sin funcionesö conformando una burocracia casi absolutamente ineficaz). Un Estado grande no necesariamente es un Estado fuerte o un Estado eficiente; y por el contrario, tampoco habrá que confundir un Estado pequeño con uno ausente, o débil. Un Estado pequeño puede ser eficaz y puede también contar con la fuerza necesaria para llevar adelante sus funciones correctamente. Para ello deberá comprender una premisa fundamental y obrar en consecuencia: òi en todas las sociedades económicas que alcanzan el éxito sus comunidades están unidas por la confianzaö²⁷.

Mercedes Rovira Reich afirma que òi la confianza está implícita en todo el proceso de delegación del gobierno por parte del pueblo como algo necesario para la configuración de la sociedad. Si se defrauda esa confianza recibida, el transgresor no quedará inmune (sic)ö²⁸.

Puede parecer un reduccionismo o una visión excesivamente simplista pretender basar el éxito o el fracaso de un país en que exista o no confianza entre sus miembros, pero no es así, pues òi una única característica cultural aglutinante condiciona el bienestar de una nación, así como su capacidad para competir: el nivel de confianza inherente a la sociedadö²⁹. Solamente este valor, que procede de la existencia de una concepción de lo òcomúnö, de lo ònuestroö, puede hacer que un individuo se disponga a posponer o incluso olvidar el interés propio o egoísta en beneficio de alguien más. Creer requiere algún tipo de identificación con el otro, y hasta la más insignificante de las operaciones cotidianas que nos relaciona con los demás exige un mínimo de confianza. Cualquier transacción entre personas se desarrolla en el tiempo, y por lo tanto necesariamente la entrega de un bien para obtener otro a cambio exige fiarnos de que una vez que se haya cumplido la prestación, se realizará la contraprestación. Según Arrow, òhay un elemento de confianza en cualquier transacción; típicamente, un objeto de valor cambia de manos antes del otro, confiando en que de hecho se dará el contravalor, y, en efecto, la idea de empresa privada y de sistema de libre intercambio sería casi absurda sin una buena dosis de confianza mutuaí ö³⁰.

A pesar de propugnarse aquí la existencia de un Estado pequeño, es necesario dejar claramente expresado que no se busca minimizar su papel, sino definirlo claramente. De hecho, las funciones estatales son absolutamente imprescindibles para el normal funcionamiento de la sociedad. La tesis del liberalismo extremo lleva a la abolición del Estado. Dice García Díaz, refiriéndose a ello, que sus impulsores ò consideran que el único régimen socioeconómico admisible en la actualidad es el anarcocapitalismo: un régimen de mercado en el que cualquier institución pública queda abolida y el reino de la libertad individual se realiza por su cuenta³¹, lo que, indudablemente, acarrea en el corto o largo plazo la destrucción de la sociedad. En esta concepción, coincide Rafael Alvira, la sociedad civil se concibe solamente como el reino de las libertades individuales. Como expresa García Díaz, òsin llegar a mencionar la corrupción, el sistema ya ha degenerado porque el bien común no se logra sumando los intereses particulares o sectoriales³².

Ahora bien, los altos niveles de corrupción política que existen en todas partes del mundo en la actualidad nos hacen dudar de si es válido y tiene sentido hablar de la confianza en un estudio acerca del Estado y de la empresa. La corrupción es una flagrante traición a la confianza pública y, al mismo tiempo, es también un poderoso generador de desconfianza. Por eso quizás sería más lógico intentar descubrir cómo lograr que una empresa o que los individuos de una sociedad sobrevivan y progresen òpeseö al Estado y no òjunto a élö.

A pesar de ese planteamiento, creo que, precisamente, es esa realidad la que justifica más que nunca esta investigación. Es necesario romper el círculo vicioso. Alguien tiene que dar el primer paso. Como pone de relieve Spaemann, òuna gran confianza obliga y motiva a aquel al que se le dispensa a mostrarse digno de ella y a justificarla a posteriorí la confianza posee esencialmente la propiedad de una prestación adelantada³³.

Por su parte, Rosanas defiende que òla confianza en alguien (a nivel individual o en ella como integrante de una institución) supone una esperanza subjetiva en el comportamiento futuro de esa persona...ö, pero el òposible crecimiento de la confianza depende, por supuesto, de que en las sucesivas interacciones entre las dos personas la

actuación posterior haya corroborado la esperanza a priori³⁴. En el mismo sentido, Fukuyama afirma que òla confianza es la expectativa que surge en una comunidad con un comportamiento ordenado, honrado y de cooperación, basándose en normas compartidas por todos los miembros que la integran³⁵.

Igualmente, Mercedes Rovira afirma que òen el terreno educativo de la juventud, tenemos bien comprobado qué gran motivación para la responsabilidad y comportamiento virtuoso es depositar confianza en el educando. Y en todos los niveles de gobierno, esa confianza se inspira. Al igual que la unidad, más que exigirla desde abajo, el superior debe saber provocarla³⁶.

Pensemos en el habitante de un país en el que la confianza entre lo público y lo privado es inexistente o insuficiente, que sabe que nada se espera de él a la hora de contribuir al bien común: si tiene oportunidad de saltarse las reglas de convivencia para obtener un beneficio personal sin un alto riesgo de ser sancionado, probablemente lo hará. Por el contrario, la misma persona, en un país en el que sabe que se espera de él un determinado comportamiento, incluso si el riesgo de ser descubierto es igualmente bajo, posiblemente no cometa el acto antisocial.

Si queremos contribuir a la construcción de una sociedad civil sana es absolutamente imprescindible comenzar a dar los pasos necesarios para generar un marco de confianza entre los distintos actores que la componen. Quizás el modo más simple o más eficaz de dar ese primer paso sea hacerse uno confiable, que es la otra cara de la misma moneda; la que se vincula a la lealtad. Afirma Rosanas sobre esta cuestión: òLa lealtad, por su parte, supone en el partícipe el cumplimiento fiel de los compromisos adquiridos. El primer partícipe confía ódeposita la confianza en el segundo³⁷ porque espera que éste sea leal³⁷.

Al referirse a los modos en que nacen, tanto la confianza como la lealtad, expresa el mismo autor que òno hay sistema formal que pueda asegurar la lealtad. Tampoco puede haber ningún sistema formal que proporcione el grado de confianza necesario. El sistema formal podrá, como mucho, hacer más difícil la conducta desleal y minimizar sus consecuencias³⁸.

La tesis precedente significa que no cabe esperar que sea el Estado el que, a través de una serie de normas, establezca la confianza, sino que es menester construir este valor mediante el sistema de arriesgarse paulatinamente y llegar a acuerdos duraderos sobre cuestiones fundamentales.

De ese arriesgarse habla Spaemann cuando afirma que confiar es hacerse vulnerable, y este aserto no sólo es aplicable a la confianza en las relaciones interpersonales, sino también a la confianza económica, a la confianza dentro de las empresas y a la confianza en política.

El porqué es evidente: quien no se hace vulnerable de alguna manera ante los demás, no puede vivir. La perpetua tensión de quien se siente en permanente peligro de ser engañado torna imposible hasta el simple hecho de la subsistencia.

Por otra parte, como señala Rovira, õpara Platón, quien confía a pesar de los fallos de los demás, no es un ingenuo: con sabiduría reflexiva reconoce en sí mismo que las caídas personales se dan simultáneamente a los anhelos de lealtadõ³⁹. Y de la misma manera que esto sucede con las personas, un Estado que no confía de ninguna manera ni se hace confiable para los demás, tarde o temprano colapsará.

El mundo moderno, que trajo consigo la democracia y el Estado de Bienestar, o, como lo llama la Reyes Calderón, el Estado de õfácil-tenerõ, ha tenido como consecuencia la destrucción casi absoluta del sentido de responsabilidad, al resolver casi todos los problemas materiales que aquejan al hombre de hoy. õEn la medida en que el Estado moderno ha llegado a hacer esto, se ha convertido en incivil. Así pues, la dicotomía Estado-sociedad civil es precisamente eso: que el estado se ha convertido en un instrumento anticivilõ⁴⁰. La contraposición Estado-sociedad civil sólo se explica en ese esquema. Por el contrario, en opinión de Rafael Alvira, cuando el Estado sirve a la sociedad puede convertirse en parte de la sociedad civil. La concepción del Estado propia de la modernidad ha querido compatibilizar la õlibertad de mercadoõ con fuertes regulaciones correctivas del mercado, y en ese esquema ha suplantado a la familia en muchas de sus funciones, consideradas esenciales e

indelegables hasta el siglo pasado. Todo ello se ha hecho en nombre de una razón razonable, que pretende hacer compatibles la razón y la libertad, bases de la democracia.

Este principio de razón razonable, enseña Alvira, es una razón escéptica y, como tal, se enfrenta a la razón dogmática, que cree que conocer la verdad es ciertamente posible.

La solución que da la razón escéptica a estas dificultades para compatibilizar razón y libertad es el laicismo de Estado, que pretende una paz impuesta por una instancia neutral: el Estado, que dictará normas para garantizar la paz y la igualdad. El problema que se presenta entonces es que para aceptar esa instancia neutral hay que creer en ella. El laicismo no es otra cosa que la dogmatización de la democracia. Es la deificación del Estado, en quien hay que creer para participar de los beneficios. Sin embargo, este creer no es producto de la confianza, sino que, precisamente, es su negación.

Un verdadero demócrata deberá tener muy claro que la democracia no es un criterio de verdad, sino tan sólo de consenso, y que no es un fin en sí misma, sino solamente un instrumento, perfectible, para obtener objetivos trascendentes.

El Estado laicista y benefactor tiene otro problema profundo y desaglutinante: no fomenta la iniciativa constructiva particular de los ciudadanos, pues cualquier iniciativa no controlada puede acabar con el frágil equilibrio alcanzado.

El equilibrio que se pretende ha de volverse una nueva religión, que dispone que todas las demás religiones ya no tengan trascendencia pública, sino que deben quedar relegadas al ámbito privado.

Por el contrario, la solución a este problema que da la llamada razón dogmática, que afirma que la verdad y el bien son cognoscibles, objetivos y alcanzables (si no inmediata, sí paulatinamente), es la sociedad civil, que no se fundamenta en la desconfianza, el control y el cálculo, sino en la fuerza de la vida, en la confianza. Por eso, a pesar de las declamaciones, el Estado Providencia, por naturaleza, no puede ser tolerante, y eso se constata día a día en numerosos países, sobre todo de la vieja Europa.

A diferencia del Estado Providencia, que ha de basarse en las directivas emanadas de ese Estado que se supone neutral y absolutamente racional, òuna sociedad civil próspera depende de los hábitos, las costumbres y la ética de un puebloí ö⁴¹.

El Estado, para estar en condiciones de cumplir realmente su fin, que no es otro que promover el bien común, deberá fomentar por todos los medios a su alcance la iniciativa particular, la confianza en las instituciones y la seguridad jurídica. Esto último se debe a que el asumir una òactitud de confianzaö en la sociedad y en los individuos que la componen (inclusive cuando éstos fueran racionales y en esencia personas òbuenasö), no lo exime de utilizar las herramientas a su alcance (políticas y jurídicas) para lograr la constitución de una comunidad. Como afirma Calderón, òla ley natural no crea comunidad, la crea la ley humana. Crear comunidad es, por tanto, una cuestión mundana de hombres que tienen, sí, una ley natural, pero que ésta no es suficiente para indicarles cómo diseñar la comunidad o cómo anular el mayor número de efectos perversosí ö⁴².

II.2. La empresa

Anteriormente se ha dicho que el presente trabajo no profundizará en la afirmación de que la familia es el ámbito natural de la confianza, pero sí se mencionarán algunas cuestiones relacionadas con ella en la medida en que contribuyan a comprender los fenómenos que son objeto de esta investigación.

Fukuyama desarrolla una teoría que sostiene que en las sociedades que él llama òfamiliaristasö (cita entre ellas a China, a Francia y a Italia, pero podemos incluir en esta categoría también a muchas de las naciones de América Latina) òí el camino primordial (y a menudo único) hacia la sociabilidad reside en la familiaí ö⁴³, y afirma también que òlas sociedades familiaristas suelen contar con asociaciones voluntarias débiles debido a que no tienen ninguna base para confiar los unos en los otrosö⁴⁴. De esta elaboración intelectual deduce que en las naciones òfamiliaristasö resulta mucho más difícil el florecimiento de grandes empresas.

Si bien del modo en que Fukuyama plantea los hechos podría interpretarse que este tipo de sociedades tienen una desventaja a la hora de emprender respecto de las que no son familiaristas, una interpretación más profunda podría llegar a la conclusión opuesta. Una sociedad en la que las reglas de juego no están claras, o en la que el Estado no se ha hecho a sí mismo confiable, es un obstáculo para quien quiere desarrollar un negocio, y a causa de ello, naturalmente, capital y trabajo habrán de replegarse en el ámbito familiar para lograr seguridad, puesto que la familia es donde el hombre se relaciona con sus iguales más próximos, donde sus relaciones no son primariamente interesadas, porque están imbuidas, naturalmente, de atención y amor⁴⁵. Por el contrario, en una sociedad donde el marco jurídico y político son claros y tienden al bien común, el ser òfamiliaristaö será un beneficio, pues no significará renunciar al ámbito de confianza propio de la familia sino que permitirá ampliar ese círculo de confianza. De este modo, el hecho de ser òfamiliaristaö, lejos de ser perjudicial, se convertiría para los países de la región hispanoamericana en una clara ventaja si lograra establecer un marco de confianza básico entre el Estado y el sector privado, la empresa.

No parece superfluo expresar que sería incorrecto pretender agotar el papel de la empresa en la mera producción de bienes o servicios. No puede considerarse tampoco que la empresa posea como único fin el de ganar dinero. Por el contrario, sin lugar a dudas la empresa posee un papel muy importante en la construcción de la sociedad. òCuando se confunde el simple enriquecimiento con la economía, se trastoca también el orden de los subsistemas sociales. Fácilmente se corrompe el derecho y la política, persiguiendo intereses individualistasí En cambio, el sistema social cumple su función cuando la economía queda subordinada al derecho y a la política, y éstos, a su vez, quedan dirigidos por la éticaö⁴⁶.

Pese a lo que podría parecer a simple vista, la confianza es especialmente imprescindible en las actuales sociedades, cada vez más tecnificadas. En efecto, sostiene Grimaldi, en el siglo XIX a un campesino o artesano podía bastarle la confianza en su propio oficio, mientras que en la sociedad post-industrial, la división del trabajo hace que la tarea de cada uno dependa de la de todos los

demás. Evidentemente, esa interrelación será fructífera sólo en la medida en que uno pueda, razonablemente, suponer que cada quien cumplirá con su parte del pacto: òcuanto más racionalizado, técnico y sistematizado es el mundo, menos fiable resulta, de modo que cada uno sólo puede confiar en sí mismo al confiar en la buena voluntad de todos los demásö⁴⁷.

Se presenta como absolutamente necesaria la clara conciencia de pertenencia a un proyecto común. La confianza, que surge como condición de posibilidad del éxito de una sociedad, requiere a su vez de ese sentido de lo ònuestroö que permite al individuo trascender el òyoö y lo convierte en parte integrante del todo social, que ya no es visto como mera agregación de individuos sino como una entidad que los contiene y los supera al mismo tiempo.

Nicolás Grimaldi sostiene asimismo que òí la constancia en la repetición de experiencias comprueba, fortalece, justifica y mantiene nuestra confianzaö⁴⁸, y por lo tanto, esa constancia es condición de posibilidad de la existencia de la confianza. Esto es así, pues aún cuando puede existir una confianza espontánea e ingenua, y de hecho la hay, su mantenimiento depende de que esa prestación anticipada sea merecida. òí la virtud que más confianza merece no es tanto el genio de empezar y maravillar, como la austera magnanimidad de proseguir sin defraudar nuncaö⁴⁹.

Grimaldi también menciona entre las condiciones de posibilidad de la confianza òque el estado de la sociedad no sea un estado de guerra. Si se supone ócomo Hobbesó que la relación más originaria entre los hombres es la lucha, cada uno intentará engañar siempre al otro, para dominarle. Si así fuera, cualquier acuerdo, cualquier alianza, cualquier contrato sólo serían tácticos, y la desconfianza sería la forma más sencilla y común de lucidezö⁵⁰.

A título de conclusión y de propuesta simultáneamente, el mismo autor sostiene, en el citado trabajo, que la desconfianza generalizada que hoy se observa sólo sería superable, en primer lugar, òí compartiendo una meta común. Es decir, que todos fuéramos servidores de un mismo idealí El fundamento de la confianza sería, por tanto, la comunión en el mismo afán, en el mismo idealö⁵¹, y en segundo lugar òí a través de la simple solidaridad de

interesesí Lo que fundamenta la confianza es la reciprocidad de los compromisos, la comunidad de los intereses y, por ello, la comunidad de los criterios y de los juicios⁵².

Por último, se puede destacar también como relevante la idea de que òentre la confianza personal y la confianza en las instituciones se debe hablar todavía de la confianza que posibilita la interacción intrasistémica, la confianza entre empresarios y participantes en el mercado, pero sobre todo de la confianza que es imprescindible para el funcionamiento exitoso de una empresa⁵³.

III. Presente y futuro

Habiendo realizado en los primeros dos capítulos de esta obra un análisis de la evolución histórica que la relación entre la empresa y el Estado han tenido, y una breve reflexión acerca de cómo los distintos modos de relacionarse entre ambas entidades determinan el camino de una nación, intentaré colocar en ese esquema a la Argentina (y a toda la región latinoamericana, por sus muchas semejanzas en este sentido), para presentar en las conclusiones una propuesta de acción política que contribuya a generar el marco de confianza necesario para lograr el desarrollo integral del país y la región.

III.1. Las claves de un proyecto

Tras haber dejado el análisis histórico de la evolución de la Argentina en las primeras décadas del siglo XX, podemos retomarlo afirmando que nunca a partir de entonces el país tuvo una prosperidad semejante. Independientemente de diversas decisiones políticas que probablemente influyeron en el cambio de paradigma posterior, es indudable que durante esos cincuenta años de crecimiento, la nación estuvo dominada por un grupo de dirigentes que tuvieron entre sí numerosas y aún profundas diferencias, pero que tenían una verdadera visión de país: estaban decididos a integrar a la Argentina en el mundo y trabajaron para abrir las fronteras a todos los hombres que fueran necesarios para concretar

esa integración. A lo largo de gran parte de la historia política posterior, y de un modo tristemente cíclico, la Argentina ha sido objeto de la alternancia en el poder de figuras demasiado fuertes o excesivamente débiles en su ejercicio.

A partir de 1914, un marco internacional desfavorable condicionado por la primera Gran Guerra determinó el final de ese periodo de esplendor. Si bien las exportaciones argentinas crecieron mucho durante estos años y la participación de la industria en el producto interno creció significativamente, el saldo económico fue negativo porque durante los años que duró el conflicto bélico la economía atravesó un proceso de recesión importante, los salarios reales cayeron y a lo largo de toda la Primera Guerra Mundial el número de emigrantes fue superior al de inmigrantes.

Este fenómeno llevó consigo otra situación inédita: entre 1917 y 1919 el clima de protesta obrera alcanzó su punto álgido, y ganó las calles. En ese lapso el número de huelguistas pasó de 136.000 a 300.000 por año. La mediación gubernamental fue en ocasiones eficaz, pero otras veces no pudo evitar las erupciones de violencia⁵⁴. En torno a 1915, cerca de un 20% de la población de Buenos Aires se encontraba desempleada.

Por otra parte, como un síntoma (y a la vez causa) de la creciente desconfianza, el presidente De la Plaza suspendió los proyectos de obra pública y efectuó vigorosos esfuerzos por recortar gastos administrativos, lo que provocó que la tasa de paro aumentase y quebrasen numerosas empresas privadas.

A partir de 1919, sin embargo, en un mundo en relativa paz y prosiguiendo con una serie de políticas estables, Argentina retomó la senda del crecimiento de la mano del presidente Marcelo T. de Alvear. Hasta 1929 la Argentina creció a un ritmo incluso mayor que el de los Estados Unidos, y por ese entonces el PIB argentino había superado al de Australia e iba en camino de alcanzar al de Canadá.

El indicio más palpable de ese crecimiento económico, de esa renovada prosperidad argentina, fue la distensión social. Las huelgas fueron menos, más calmas, y muchas veces estuvieron

relacionadas con conflictos internos en los gremios antes que con reclamos por las condiciones de vida de los obreros. De todos modos, la actividad legislativa fue pródiga como nunca antes en la concesión de derechos a los trabajadores⁵⁵. La confianza social encuentra nuevamente sustento. Tras la baja provocada por la Primera Guerra Mundial, Estado y empresa, gobernantes y gobernados ingresan nuevamente en un periodo de relativa armonía y de crecimiento, apoyándose mutuamente.

Durante ese mismo lapso se instalaron en la Argentina numerosas empresas norteamericanas dedicadas a la producción de manufacturas, lo que sirvió para dotar de solidez al naciente desarrollo industrial, hasta entonces sustentado en la simple sustitución de importaciones del periodo bélico.

La falta de reformas estructurales que suele achacarse a los gobernantes radicales de estos años demuestra que òseguía casi intacta la confianza en esa estrategia que tanto éxito había tenido en el pasado y que tanto dependía del comercio exterior⁵⁶. En este esquema, evidentemente, el principal aliado del Estado era el sector empresario, que gracias a las condiciones imperantes no dudaba en invertir, seguro del mantenimiento de las reglas de juego jurídicas y políticas, y en incorporar mano de obra, contribuyendo así también al bienestar de la sociedad.

Por otra parte, y a pesar del progreso relativo de los sectores industriales, el campo siguió conservando un lugar de privilegio. Hacia mediados de la década del 20, las pampas eran la mejor òmarca ò argentina. Ser el granero del mundo se había convertido claramente en un factor de unidad y confianza nacional.

Si bien el descubrimiento de petróleo en la Argentina se remonta al año 1907, hasta la Primera Guerra Mundial su explotación fue mínima, pero durante los años 20 las inversiones extranjeras contribuyeron a que la importancia de este sector creciera. En 1922 se crea YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales, privatizada durante el gobierno de Carlos Saúl Menem), cuya existencia es el primer paso de la progresiva nacionalización de esa industria iniciada por el presidente Hipólito Yrigoyen. òEn esa época pueden rastrearse los orígenes del conflicto entre la producción nacional obtenida por

YPF y el capital petrolero norteamericano⁵⁷, que estaba adquiriendo una fuerte presencia en el país.

El Estado argentino propiciaba la libre iniciativa privada, pero no dudó en utilizar las herramientas a su alcance para fomentarla. Su papel fue muy importante, aunque no puede calificarse de intervencionista. Por el contrario, en opinión de Llach y Gerchunoff, en su libro *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, un innecesario apego a las doctrinas del librecambio fue una de las causas de la vulnerabilidad posterior de una economía que no supo industrializarse a tiempo. En 1923, el gobierno de Alvear efectuó un aumento de las tasas impuestas a los productos que ingresaban en el país a fin de ponerlos al mismo nivel de los precios internacionales.

A este respecto, Llach y Gerchunoff sostienen que òla reforma de 1923 fue por lejos la más significativa acción oficial a favor de la industrialización durante los catorce años de gobiernos radicales⁵⁸.

Simultáneamente, y como contrapartida, el Estado acentuó durante esos años la propensión óinsinuada anteriormenteó a gastar por encima de la recaudación por impuestos, financiando obra pública con empréstitos internacionales. òDe todos modos, difícilmente se dudaría de la solvencia del estado argentino mientras el viento de la economía internacional soplara a favor y se mantuviera cierto control sobre el déficit⁵⁹.

Esta situación, que no presentó serios problemas, ni económicos ni de confianza en general, se vio agravada durante los años que siguieron a la Gran Depresión de 1929, hasta convertirse en la pesadilla de las administraciones que gobernaron durante los años 30.

En 1928 resultó elegido nuevamente Hipólito Yrigoyen, que venía a ejercer por segunda vez la presidencia. Esta vez, sin embargo, no pudo concluir su mandato, porque el primero de una larga serie de golpes de estado cívico-militares se lo impidió. El General José Félix Uriburu asumió el poder, aunque por poco tiempo, porque no contó con el apoyo de los radicales (incluso las facciones disidentes de este partido se plegaron solidariamente a sus correligionarios derrocados) ni pudo conservar el que le habían prestado

originariamente los demócratas progresistas. Se convocan elecciones para 1931 y surge vencedor el general Agustín P. Justo, que pretendió instaurar un régimen similar al de finales del siglo XIX, pero acentuando aún más ciertos abusos que se habían cometido en aquel momento, como el fraude electoral en todos los niveles de elección. Si en aquella primera época ciertas prácticas fueron tolerables para una sociedad naciente, que veía palmariamente el progreso, en este momento podemos decir que el òfraude patrióticoö fue considerado cierta y sencillamente corrupción.

En ese entonces se produjo la crisis norteamericana de 1929, que tuvo repercusiones en todo el mundo. La Argentina no fue la excepción a este fenómeno, pero en pocos años logró recuperarse, apostando incluso por su industrialización. òLa década del 30 es uno de losí tantos momentos en que se ha fechado el gran salto adelante de la industria argentinaö⁶⁰. Una serie de políticas de corte proteccionista contribuyeron a este proceso, pero la confianza internacional en el país se vio afectada de alguna manera.

Antes de finalizar ese decenio, la Segunda Guerra Mundial se desataba. Durante toda la contienda, los presidentes Ortiz y Castillo se encargaron de mantener la neutralidad del país en el conflicto, pero internamente, desde las filas militares, se estaba gestando un nuevo golpe de estado, que habría de llevar al general Pedro Ramírez a la presidencia de la nación en 1943.

Como había sucedido durante la guerra del 14, esta segunda Gran Guerra sirvió para colocar a la Argentina como importante país exportador, incluso de manufacturas. Hasta los Estados Unidos comenzaron a importar productos argentinos. De todos modos, ese éxito exportador se mantuvo sólo mientras duró la guerra.

Por ese entonces, todavía, la confianza en la *performance* del país era general. Interna e internacionalmente el país era confiable y en gran medida previsible. La empresa, agropecuaria o industrial, tenía un marco jurídico claro y los riesgos a los que estaba sometida eran simplemente los propios del negocio. Las políticas aplicadas por el Estado tenían rasgos de proteccionismo, pero ello era así en todos los países del mundo, y además, cualquiera podía saber con certeza

y precisión cuáles eran las industrias que õgozaban del favor oficialö.

Este es el panorama que en 1942 llevó al economista Colin Clark a publicar previsiones, õque de tan favorables, excedían a las del más optimista de los argentinos. Suponiendo un mercado de productos agropecuarios con demanda sostenida, Clark opinaba que para 1960 el producto per cápita de la Argentina sería de 754 unidades de medida, segundo en el mundo detrás de Estados Unidos, con 879, y muy por encima de los países europeosö⁶¹.

Por su parte, Paul Samuelson se expresaba así: õSi alguien hubiese preguntado en 1945 ¿qué parte del mundo espera usted que experimente el más dramático despegue económico en la próximas tres décadas?, probablemente yo habría dado una respuesta parecida a la siguiente: la Argentina es la ola del futuroö⁶². Como señalan Llach y Gerchunoff, para la Argentina õla hora del industrialismo había llegado, después de décadas de incubaciónö⁶³.

En los años que siguieron, un joven coronel, Juan Domingo Perón, iniciaría un vertiginoso ascenso político que culminaría con su llegada al poder. La doctrina õperonistaö pretendió ser una alternativa tanto al capitalismo como al comunismo, que se resumía en la frase õni capitalistas, ni comunistas: justicialistasö. õPerón se alejaba cuanto podía de cualquier invocación que lo emparentara con el marxismo, de manera de ganar la confianza de un empresariado siempre temeroso de la acechanza comunistaö⁶⁴. Por otro lado, e identificando su doctrina con la Doctrina Social de la Iglesia, õla idea de función social de la propiedad, allí presente, era rescatada por el peronismo como una alternativa distante al mismo tiempo del liberalismo ortodoxo y del colectivismoö⁶⁵.

Si bien es verdad que a partir de la década de 1940 la Argentina ya no volvió a conocer un verdadero esplendor, y si también hemos de aceptar que la confianza internacional de que gozaba el país como productor de materias primas, e incluso como economía incipientemente industrializada (lo que, por otra parte, acabó también con la confianza interna que hasta entonces había estado presente en la relación entre los sucesivos gobiernos y el empresariado), no hay que caer en el error, tan frecuente, de achacar

al peronismo todos los males del país, pues lo anterior, aún con su saldo positivo de crecimiento sostenido, seguridad jurídica y desarrollo, no era un mundo perfecto. En ese sentido Héctor Ghiretti sostiene que: ña los que hablan del paraíso argentino anterior a 1945, se puede replicar que aún se recuerda a la década del 30 como la década infame, plagada de negociados con recursos públicos, prebendas, violencia política y venalidades electoralesö⁶⁶.

Como acertadamente afirma Ghiretti, ñlos peronistas no fueron unos demonios salidos del infierno o una banda de salteadores y bandoleros, del mismo modo que los políticos y demás dirigentes anteriores tampoco fueron modelo de estadistas. Lo cual de ninguna manera quiere decir óforzoso es aclararloó que esta afirmación implique intercambiar los calificativosö⁶⁷.

No es posible cargar al peronismo con la responsabilidad de la debacle del país, aunque, como se ha dicho, existe una coincidencia temporal. ñPara buscar una comprensión más satisfactoria a la encrucijada argentina es necesario expandir las fronteras de estudio, el corte de la investigación. Hace falta buscar motivos en la psicología colectiva, en los procesos de integración de la identidad nacionalö⁶⁸.

Las siguientes décadas nos muestran en el país una irregular alternancia en el poder de gobiernos militares que se suceden, con breves interregnos de gobiernos civiles electos popularmente. Los planes de gobierno desarrollistas se alternan con los liberales, los populistas y los conservadores sin haberse logrado posteriormente otro periodo comparable al de 1860-1945, por su casi ininterrumpido crecimiento y seguridad jurídica. ñComo causa y efecto simultáneo, en verdadera relación de retroalimentación, la inadaptación para la convivencia social y política y la desconfianza mutua se van incrementando conforme pasan los años y las décadas. El espíritu argentino comienza a mostrar señas evidentes de escepticismoö⁶⁹. Por otra parte, ñaparece una cierta conciencia de decadencia: el esplendor del país ha quedado atrás, es cosa del pasadoö⁷⁰, y esa sensación, evidentemente, trae aparejada la desazón, la desconfianza radical que lleva a resignarse a un mal destino.

La historia argentina, por todas estas razones, ha merecido el discutible orgullo de ser un tópico elegido frecuentemente por los estudiantes de historia en los Estados Unidos de Norteamérica a la hora de elaborar su tesis doctoral⁷¹. Les parece asaz interesante el ejercicio intelectual que supone intentar comprender el porqué de tantos y tan drásticos cambios, y la razón que ha llevado a los argentinos (y a muchos de sus vecinos) a repetir reiteradamente los mismos errores.

Sin embargo, a pesar de que la actualidad muestra un presente en el que el populismo, la falta de proyectos y la corrupción política surgen a la vista, para evitar la tragedia de la òresignaciónò habrá que comprender que el modo de llevar adelante nuestro òdestino común no es producto de una cuestión biológica, ni nace de alguna característica ontológica de sus habitantes, sino que proviene de diversos factores que deberán analizarse y modificarse.

Las teorías lombrosianas y el pensamiento de Ferri no tienen aplicación en este esquema. Si la realidad ineludible fuera que cada uno de los argentinos (o los latinoamericanos en general) es un corrupto, o un vago recalcitrante, o un modelo de pícaro, sería muy difícil de explicar por qué tantos de ellos, obligados a emigrar por diversas razones, se destacan y obtienen reconocimiento en sus actividades, cualesquiera que éstas fueran, en cualquier sitio del mundo en el que se encuentran. Por otra parte, lo mismo cabe decir de los millones que honesta e incansablemente trabajan a diario por conseguir un país mejor en sus lugares de origen. Llegados a este punto debemos convenir en que las razones del fracaso colectivo del país, y, por supuesto, de la región, no son genéticas o naturales; sino que, precisamente, provienen de la ausencia de un verdadero proyecto desde hace más de cincuenta años y de la falta de una clara conciencia de lo común. Esto trae consigo la búsqueda de la salvación individual, aunque el resto se hunda. No se espera nada del Estado, ni de los demás, y en consecuencia, ante esta desconfianza sustancial, cada uno sólo ha de procurarse su beneficio particular. Urge un cambio profundo de cultura política.

Desde hace décadas el problema de la corrupción política es uno de los grandes males nacionales argentinos. La sucesión de gobiernos democráticos desde 1983 hasta el día de hoy no sólo no ha logrado cambiar la historia sino que ha profundizado aún más un sistema en el que las prácticas corruptas son moneda corriente. Es significativo que los más ruidosos escándalos políticos se hayan dado en los últimos quince años, a pesar de las permanentes apelaciones a la honestidad y a las exhortaciones a construir una ònueva políticaò que los gobernantes radicales y peronistas de todos los sectores han efectuado. Ante esta utilización de la ética òque se degrada y entra en el combate políticoí Dos son los resultados posibles: la criminalización del adversario o la banalización del discurso moralizante. En ambos casos la víctima es la autoridad del poder político. Se pierde toda confianza en las instancias de gobierno⁷².

En efecto, esa visión maniquea se vive día a día en todos los países de la América hispana. No solamente en los países integrantes del llamado òEje Bolivarianoö, integrado por Venezuela, Bolivia y Ecuador, sino también en la Argentina, Brasil, Chile, Perú y el Uruguay.

Antes de proseguir con este análisis conviene hacer una precisión conceptual para determinar qué se entiende en este trabajo por corrupción, pues las diferentes concepciones que de ella existen plantean la necesidad de observarla desde distintos puntos de vista. Un concepto restringido y positivista de corrupción se referirá sólo a la violación de normas concretas, mientras que una definición más genérica incluirá también elementos sociales o de convivencia más abstractos. No es lo mismo considerar la corrupción como una ofensa a la moral pública que simplemente como un delito. Cuando aquí se habla de ella no nos estamos refiriendo únicamente a òcoimasö (comisiones ilegales) y sobornos, prohibidos por la ley, sino también, y principalmente, a cualquier acto que, por medio de la utilización de un poder otorgado, desvirtuando los fines de la función pública, y aún de la actividad privada, tiende a lograr para el que lo realiza (individuo, empresa o partido político) un beneficio propio, en desmedro del bien común.

Según esta definición, llevar adelante obras faraónicas a costa de hipotecar las posibilidades de administración de gobiernos futuros, es corrupción. Realizar ayuda social y repartir bolsones de alimentos con el solo objeto de lograr la asistencia masiva a un acto político o de asegurarse un determinado caudal de votos, también es corrupción. Que un funcionario reciba una asignación extraña al salario fijado por la ley, proveniente de partidas presupuestarias destinadas a otros fines, que no habrán de ser cumplidos por este desvío de fondos, sin lugar a dudas, también es corrupción.

Este panorama, que a simple vista parece desolador, debe plantearse también de un modo positivo, intentando descubrir las oportunidades que se abren como consecuencia de esta crisis. Para aprovecharlas, sin embargo, habrá que cambiar muchas cosas. La feracidad de la tierra argentina, la fecundidad de su suelo, han gestado en muchos argentinos una cultura basada en la ley del menor esfuerzo. Afirmaciones que hoy parecen mitológicas por lo lejanas, o el convencimiento (muy generalizado hasta hace poco) de que allí es imposible que pueda existir el ñhambreö, son muestras cabales de la confianza ciega que durante mucho tiempo existió en una abundancia y en unos dones que debían venir de la naturaleza misma, casi sin necesidad de la intervención humana. Hoy empiezan a percibirse síntomas de un cambio de mentalidad. Empieza a hacerse evidente que la vida debe ser distinta. Existe una realidad que debe cambiarse, pues ya no bastan los paliativos, ni alcanza con manifestar de vez en cuando el descontento. Se hace patente la necesidad de comprometerse y contribuir a ese cambio. En especial para los jóvenes, que son sinónimo de fuerza y decisión, por mucho que se haya hecho por aserrar sus ilusiones.

Habiendo llegado a este punto, y ante una realidad que indica que no existe ningún ñgen argentinoö que predisponga a la corrupción, habrá que convenir en que el problema es cultural. El grado de aceptación que hoy tienen muchas conductas corruptas en el país es indudablemente una de sus principales causas y habrá que descubrir el modo de quebrar el círculo vicioso que lleva a ello.

III.2. Un lugar en el mundo

Quizás a comienzos de la década del 90 renacieron después de mucho tiempo ciertas esperanzas para los argentinos. De hecho, el ascenso de Menem al poder se debió en una medida apreciable a que lograra presentarse como un líder popular extraño a la desacreditada clase política⁷³. El discurso del recién elegido presidente Carlos S. Menem apuntaba a olvidar las viejas antinomias entre argentinos. A dejar atrás los desencuentros que habían enlutado la década del 70 y a volver a insertar a la Argentina en un mundo que ya no la tenía en cuenta desde hacía décadas. La puesta en marcha de un plan económico que en pocos meses acabó con la hiperinflación desatada en 1988, en la que se había llegado a tasas superiores al 100% mensual, acrecentó la sensación de que había intenciones de dejar atrás décadas de incertidumbre y estancamiento.

El rápido aniquilamiento de la inflación y la decisión de llevar adelante un ambicioso programa de privatizaciones para acabar con largos años de ineficacia y corrupción estatal lograron que los índices de popularidad del entonces presidente ascendieran muy por encima del porcentaje de votantes que lo habían llevado al poder.

Las empresas, luego de ser privatizadas dejaron de generar déficits millonarios para convertirse en contribuyentes impositivos. Finalmente, como resultado de las privatizaciones, comenzó a cerrarse la brecha tecnológica y organizativa abierta durante años de desinversión y desfinanciamiento lo que a su vez impactó favorablemente sobre la productividad general de la economía⁷⁴.

Sin embargo, en pocos años se dilapidó ese caudal de confianza por la rigidez del modelo implementado y por los gravísimos escándalos de corrupción que se desataron durante esos años. El robo, pero hacenó comenzó conformando a muchos, pero en pocos años se hizo patente la realidad de que ese tándem conceptual es falso e injusto. La ley de convertibilidad, que ataba el valor del peso argentino al dólar (1 dólar, 1 peso), garantizaba estabilidad pero quitaba todo tipo de flexibilidad a la economía. La industria argentina quedó desmantelada por la rigidez cambiaria, el campo sufrió la misma situación, y el sector servicios, privilegiado actor

durante ese periodo, basó su éxito en políticas endebles, que no resistieron la crisis que comenzó a finales de la década del 90 y se plasmó en el derrumbe del 2001, ya durante el gobierno del presidente De la Rúa.

La década del 90 puede caracterizarse como un periodo en el que se desaprovechó una inmejorable oportunidad de rectificar un rumbo, y esa ocasión fue desperdiciada porque el factor confianza no pudo hacerse presente o, por lo menos, no pudo mantenerse. Hubo progreso, pero también una creciente pobreza; hubo estabilidad económica, pero al mismo tiempo una corrupción escandalosa; la Argentina fue el segundo país del mundo en crecimiento durante toda esa década, pero la brecha entre ricos y pobres se ensanchó de un modo inédito.

El siglo XXI comenzó del peor modo posible para la Argentina. Después de tres años de recesión económica, en el 2001 se produce el colapso del sistema financiero en la Argentina y poco después, Eduardo Duhalde, sucesor de Fernando De la Rúa en la presidencia de la nación, termina con la paridad peso-dólar, reduciendo drásticamente el poder de compra de toda la ciudadanía. Durante el 2002 y el 2003 la Argentina volvió a ser presa del caos. Se descubrió que el hambre estaba a la vuelta de la esquina y la desocupación alcanzó casi al 25% de la población en edad de trabajar. Más del 50% de los argentinos quedó sumido en la pobreza y para muchos había llegado la hora de emigrar. Pocos creían que fuera posible la recuperación. Para millones de argentinos la Argentina había tocado fondo.

Casi una década después el panorama era claramente otro. El país lleva más de siete años de crecimiento continuado, a tasas asiáticas cercanas al 10% (hubo crecimiento incluso en el 2009). La desocupación está en el 7% y las tasas de pobreza e indigencia siguen registrando menguas mes a mes. El régimen iniciado por el presidente Kirchner y continuado por la actual presidenta, Cristina Fernández, ostenta como trofeos la cancelación de la totalidad de la deuda que el país tenía con el Fondo Monetario Internacional y una exitosa reestructuración de la deuda pública, tras haberse declarado la cesación de pagos apenas desatada la crisis. Asimismo, han

comenzado las conversaciones para cancelar la deuda con el Club de París, los bonos argentinos aumentan de valor todos los días y el riesgo país se encuentra en su punto más bajo de los últimos añosí

Para terminar el capítulo, una última pregunta y una reflexión. ¿Cabe pensar que ha llegado, esta vez sí, el momento de la recuperación definitiva? Creo que no. Ya hemos dicho que durante los años de la década de los noventa la Argentina creció vigorosamente, pero el modelo estaba viciado desde la raíz, por la rigidez, la corrupción y la injusticia. El actual, igualmente õexitosoö en el corto plazo, conduce también, en el mediano plazo, al colapso. A pesar de que el gobierno actual pretende estar implementando un modelo õproductivoö y õsocialmente justoö, no es posible que éste se sustente en el tiempo sin reglas claras para todos. La seguridad jurídica acotada que caracteriza al régimen kirchnerista (prohibición de las exportaciones de carne, controles de precios, reestatización de empresas privatizadas en los años 90, etc.) y sus permanentes confrontaciones con los sectores empresariales, militares y eclesiásticos, no permiten ser optimistas a este respecto. Si no se busca una política de consensos que permita la generación de confianza, el país se volverá a desplomar, una vez más, más temprano que tarde.

La crisis internacional desatada recientemente ha de tocar también a los argentinos. Para muchos, los coletazos del derrumbe financiero se harán sentir menos que en otras partes del mundo, y quizás tengan razón, pero ese õblindajeö del que tanto se habla en el gobierno argentino no es producto de õhaber hecho bien los deberesö, sino de estar casi desconectados del resto del mundo.

La prueba más clara de que lo dicho anteriormente es real es que, a pesar de los números macroeconómicos objetivamente positivos, los inversores extranjeros siguen desconfiando de la Argentina, que ocupa un triste cuarto lugar entre los países americanos destino de esos capitales.

Algunos autores han venido sosteniendo que lo peor que puede sucederle a la Argentina son situaciones similares a la vivida en los últimos cinco años: una coyuntura económica favorable que distrae de los verdaderos problemas del país, y que en su euforia no

permite atacar las causas de fondo de la decadencia nacional: falta de conciencia social, políticos faltos de responsabilidad pública, desaliento de las vocaciones de nuevos dirigentes políticos, escasas virtudes sociales y deformación sostenida y creciente de la conciencia moral de amplios sectores de la sociedad.

¿La crisis actual generará una reacción? ¿Los países de Centro y Sudamérica tendrán una respuesta acorde a lo que se espera de ellos?

Conclusión

Es evidente que en lo profundo de todas las crisis que han asolado a la Argentina subyacen serios problemas de confianza. Sin embargo, al comienzo de la elaboración de su *Teoría de la interacción comunitaria* García Díaz dice: «nuestra región latinoamericana muestra ventajas evidentes con respecto a otras. En toda Latinoamérica la capacidad de diálogo en un plano moral de los diversos sectores puede ser mucho mayor que en sociedades como la europea o la (norte) americana. Hay una idiosincrasia común, con valores comunes muy fuertes y muy homogéneos, que marca e identifica a todas las personas que conviven en nuestros países»⁷⁵.

¿Cómo se explica esta contradicción entre lo que dice García Díaz y la aparente incapacidad de las naciones americanas de elaborar un proyecto basado en el consenso? Pues simplemente en la resignación a lo que parece ser un destino adverso. En la Argentina actual hay quienes ya han comenzado a creer, efectivamente, que la corrupción, por ejemplo, forma parte del modo de ser nacional. No es infrecuente escuchar, aún entre niños de edad escolar, que ellos «como buenos argentinos» hicieron trampas en algún examen, llegaron tarde a una cita, se saltaron lugares en una fila, o lograron entrar al cine sin pagar la correspondiente entrada. Es sorprendente y en cierto modo desesperanzador, comprobar que, a comienzos del siglo XXI, sigue siendo muy actual lo que en su tango *Siglo XX, cambalache* afirmara hace tanto tiempo Enrique Santos Discépolo. Para muchos, en la Argentina, «el que no llora no mama, y el que no afana»⁷⁶ es un gil⁷⁷.

Para soltar este tremendo lastre que consiste en òacceptarö la realidad tal como viene y sin mayores análisis, conformándose con lo que, aparentemente, nos ha tocado, es necesario comenzar a dar pasos concretos.

El valor de la confianza (en nosotros, en los demás miembros de la sociedad y en las instituciones públicas) no puede ser decretado por el Estado, como se ha visto, pero sí puede construirse a través de medidas puntuales.

La seguridad jurídica es la primera de ellas, pero no la única. Cuando uno observa los planes de inversión y crecimiento de las empresas que funcionan en el país descubre que las expansiones previstas nunca van más allá de cuatro años: lo que dura un periodo de gobierno en el país. Intentar hacer planes a plazos mayores deja de ser un acto de gobierno corporativo, para pasar a ser una simple apuesta. Ningún grupo empresarial ni ejecutivo razonable están dispuestos a actuar de esa manera.

Por eso se hace patente la necesidad de que la Argentina decida un rumbo. Quizás no sea posible planear un camino concreto a 25 ó 50 años, ni mucho menos elaborar un plan de gobierno para dicho lapso, pero sí puede definir, cuando menos, el rumbo que ha de tomar. Si puede decidir, como tantos países lo han hecho, en qué quiere convertirse para ese entonces.

Hay cuestiones básicas, que ya no son objeto de discusión política en casi ningún país, que siguen tratándose periódicamente en la Argentina. Los gobiernos alternativos que han ido sucediéndose han ido modificando radicalmente el modelo de país propuesto, impidiendo que la Argentina pueda afianzarse en ninguno de ellos. Aún a riesgo de caer en inexactitudes, e incluso cuando pueden haber matices en la siguiente enumeración, podemos afirmar que desde el primer gobierno del teniente general Juan Domingo Perón hasta la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner se han sucedido gobiernos populistas, desarrollistas, militares de diversas tendencias (hubo quienes intentaron aplicar modelos liberales y quienes aplicaron recetas en cierto modo corporativistas), socialdemócratas y neoliberales. Cada presidente intentó modificar radicalmente los rumbos adoptados por su predecesor, con la

consiguiente carga de desconfianza interna y externa, inseguridad jurídica, desazón pública, resignación social y aumento de la corrupción que eso trae aparejado.

Es menester que los argentinos acuerden sobre ciertas cuestiones básicas y que esas decisiones ya no sean cuestionadas. La condición de este tipo de pactos ñes la voluntad de acuerdo que manifiesten los diferentes actores y la capacidad de los dirigentes de actualizar esa voluntad en proyectos institucionales concretos⁷⁸.

Sebastián García Díaz propone en su teoría que el Estado procure la interacción de dos corrientes distintas: 1) Una interacción vertical, entre la estructura política, la base comunitaria y el plano estrictamente individual, y 2) Una interacción horizontal, que permita el diálogo de las diversas alternativas culturales que pueden existir en cada uno de los niveles antes mencionados. Ese diálogo, evidentemente, sólo puede darse entre sectores, grupos, individuos e instituciones relacionados de alguna manera por vínculos de confianza, y con cierta conciencia de pertenencia a un mismo cuerpo social.

La idiosincrasia argentina que se ha descrito más arriba facilita la construcción de esta interacción comunitaria a pesar de la realidad actual, que se presenta como definitiva, pero que en esencia sólo es producto de ñuna larga coyunturaö. La Argentina ha de encontrar su camino en esta línea, pero no en modelos importados de fuera, aunque mucho haya que aprender de otros países con historias recientes más exitosas.

ñConfiar, compartir, honrar, cooperar, solidaridad fraterna y acción comunitaria entre muchos otros, son conceptos que en los rígidos moldes liberales de la política, o en los burocráticos e híbridos moldes socialistas o socialdemócratas, no podían ingresar al ámbito de lo público⁷⁹. En el esquema de la interacción comunitaria sí pueden hacerlo.

La Argentina necesita construir relaciones fecundas de confianza entre el poder público y las empresas, entre el poder público y la ciudadanía, pero para que ello sea posible hay que recorrer ese camino de interacción entre los distintos actores sociales.

Si los distintos protagonistas sociales del país no generan las condiciones para la firma de un gran acuerdo nacional que sirva de marco para la actuación de los futuros gobernantes, la Argentina seguirá incurriendo en los mismos errores y pasará, como sucede periódicamente, de la euforia al aniquilamiento, pero puede que la próxima vez que suceda, sea demasiado tarde para intentar la recuperación.

Bibliografía

Alvira, Rafael; Grimaldi, Nicolás y Herrero, Montserrat (eds.) (1999), *Sociedad Civil. La democracia y su destino*, Eunsa, Pamplona.

Belloc, Hilaire (1950), *La crisis de nuestra civilización*, Sudamericana, Buenos Aires

Brisebois, Richard (1997), "Sobre la confianza", *Cuadernos Empresa y Humanismo*, nº 65, Instituto Empresa y Humanismo, Universidad de Navarra, Pamplona.

Calderón, Reyes (2000), *La empresa, entre el estado y el mercado*, Rialp, Madrid.

Calleja, Tomás (1996), "Estado, Sociedad Civil y Empresa", *Cuadernos Empresa y Humanismo*, nº 64, Instituto Empresa y Humanismo, Universidad de Navarra, Pamplona.

Chafuén, Alejandro (1991), *Economía y Ética-Raíces cristianas de la economía de libre mercado*, Rialp, Madrid.

D'Ors, Álvaro (1979), *Ensayos de teoría política*, Eunsa, Pamplona.

Enciso Recio, Luis Miguel; González Enciso, Agustín; Egidio, Teófanos; Barrio, Maximiliano y Torres, Rafael (1991), *Los Borbones en el siglo XVIII (1700-1808). Historia de España*, vol. 10, Gredos, Madrid.

Fukuyama, Francis (1998), *La Confianza*, Grupo Zeta, Barcelona.

García Díaz, Sebastián (2005), *¿Cómo salvar a la política? Se trata de nuestros hijos*, Anábasis, Córdoba.

García de Cortázar, Fernando y González Vesga, José Manuel (2004), *Breve Historia de España*, Alianza, Madrid.

Ghiretti, Héctor (2002), "La encrucijada argentina", *Revista Humanitas*, n° 26, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 210-219.

González Enciso, Agustín (2003), *Felipe V: La renovación de España*, Eunsa, Pamplona.

Grimaldi, Nicolás (2000), "El valor de la confianza en la vida empresarial", *Revista Empresa y Humanismo*, vol. II, n° 1, pp. 199-210.

Ladero Quesada, Miguel Ángel (2000), *Católica y Latina. La cristiandad occidental entre los siglos IV y XVII*, Arco Libros, Madrid.

Llach, Lucas y Gerchunoff, Pablo (2005), *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Ariel, Buenos Aires.

Lynch, John (1989), *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, Ariel, Barcelona.

Lynch, John; Cortés Conde, Roberto; Gallo, Ezequiel; Rock, David; Torre, Juan Carlos y de Riz, Liliana (2001), *Historia de la Argentina*, Crítica, Barcelona.

Rovira Reich, Mercedes (2005), *La confianza como virtud social: de Locke a nuestros días. Algunos problemas actuales en filósofos políticos ilustrados*, Lexis Nexis, Santiago de Chile.

Spaemann, Robert (2005), "La confianza", *Revista Empresa y Humanismo*, vol. IX, n° 2, pp. 131-148.

Tusel, Javier y Sánchez Mantero, Rafael (2004), *El Siglo XIX. De la guerra de la Independencia a la Revolución de 1868. Historia de España*, vol. 12, Espasa, Madrid.

Wast, Hugo (1960), *Año X*, Thau, Buenos Aires.

¹ Para lo dicho hasta aquí, ver Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005).

² Belloc, H. (1950), p. 10.

- ³ Belloc, H. (1950), p. 85.
- ⁴ Belloc, H. (1950), p. 129.
- ⁵ Chafuen, A. A. (1991), p. 32.
- ⁶ Véase Wast, H. (1960).
- ⁷ Enciso Recio, L.M.; González Enciso, A. y otros (1991), p. 15.
- ⁸ Enciso Recio, L.M.; González Enciso, A. y otros (1991), p. 47.
- ⁹ Enciso Recio, L.M.; González Enciso, A. y otros (1991), p. 52.
- ¹⁰ Véase Enciso Recio, L.M.; González Enciso, A. y otros (1991), p. 53.
- ¹¹ Lynch, J. (1989), p. 16.
- ¹² Véase Wast, H. (1960).
- ¹³ Tusel, J. y Sánchez Mantero, R. (2004) p. 17.
- ¹⁴ Lynch, J.; Cortés Conde, R. y otros (2001), p. 22.
- ¹⁵ Lynch, J.; Cortés Conde, R. y otros (2001), p. 33.
- ¹⁶ Lynch, J.; Cortés Conde, R. y otros (2001), p. 38.
- ¹⁷ Lynch, J.; Cortés Conde, R. y otros (2001), p. 44.
- ¹⁸ Lynch, J.; Cortés Conde, R. y otros (2001), p. 62.
- ¹⁹ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), pp. 19-20.
- ²⁰ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 21.
- ²¹ García Díaz, S. (2005), p. 125.
- ²² Spaemann, R. (2005), p. 137.
- ²³ Alvira, R.; Herrero, M.; Grimaldi, N. y otros (1999), p. 394.
- ²⁴ Calleja, T. (1996), p. 9.
- ²⁵ Alvira, R.; Herrero, M.; Grimaldi, N. y otros (1999), p. 394
- ²⁶ Calleja, T. (1996), p. 6.
- ²⁷ Fukuyama, F. (1998), p. 23.
- ²⁸ Rovira Reich, M. (2005), p. 45.
- ²⁹ Fukuyama, F. (1998), p. 21.
- ³⁰ Brisebois, R. (1997), pp. 8-9.
- ³¹ García Díaz, S. (2005), p. 104.
- ³² García Díaz, S. (2005), p. 73.
- ³³ Spaemann, R. (2005), p. 139.
- ³⁴ Rosanas, J. M. y Velilla, M. (2003), p. 170.
- ³⁵ Fukuyama, F. (1998), p. 43.
- ³⁶ Rovira Reich, M. (2005), p. 53.
- ³⁷ Rosanas, J. M. y Velilla, M. (2003), p. 170.
- ³⁸ Rosanas, J. M. y Velilla, M. (2003), p. 171.
- ³⁹ Rovira Reich, M. (2005), p. 49.
- ⁴⁰ Alvira, R.; Grimaldi, N.; Herrero, M. (1999), p. 76.
- ⁴¹ Fukuyama, F. (1998), p. 19.
- ⁴² Calderón, R. (2000), p. 32.
- ⁴³ Fukuyama, F. (1998), p. 46.
- ⁴⁴ Fukuyama, F. (1998), p. 46.
- ⁴⁵ Rovira Reich, M. (2005), p. 56.
- ⁴⁶ Rovira Reich, M. (2005), p. 56.

-
- ⁴⁷ Grimaldi, N. (2000), p. 200.
- ⁴⁸ Grimaldi, N. (2000), p. 206.
- ⁴⁹ Grimaldi, N. (2000), p. 206.
- ⁵⁰ Grimaldi, N. (2000), p. 207.
- ⁵¹ Grimaldi, N. (2000), p. 210.
- ⁵² Grimaldi, N. (2000), p. 210.
- ⁵³ Spaemann, R. (2005), p. 142.
- ⁵⁴ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 73.
- ⁵⁵ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 79.
- ⁵⁶ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 81.
- ⁵⁷ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 91.
- ⁵⁸ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 93.
- ⁵⁹ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 98.
- ⁶⁰ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 142.
- ⁶¹ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 161.
- ⁶² Citado por Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 161.
- ⁶³ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 161.
- ⁶⁴ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 170.
- ⁶⁵ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 170.
- ⁶⁶ Ghiretti, H. (2002), p. 212.
- ⁶⁷ Ghiretti, H. (2002), p. 212.
- ⁶⁸ Ghiretti, H. (2002), pp. 212-213.
- ⁶⁹ Ghiretti, H. (2002), p. 217.
- ⁷⁰ Ghiretti, H. (2002), p. 217.
- ⁷¹ Sólo en la base de datos en red *ProQuests Dissertations & Theses* se pueden encontrar setecientos quince tesis doctorales sobre historia argentina presentadas en universidades estadounidenses.
- ⁷² Ghiretti, H. (2002), p. 217.
- ⁷³ Lynch, J.; Cortés Conde, R. y otros (2001), p. 316.
- ⁷⁴ Llach, L. y Gerchunoff, P. (2005), p. 437.
- ⁷⁵ García Díaz, S. (2005), p. 131.
- ⁷⁶ Roba. Ver diccionario de lunfardo
<http://www.elportaldeltango.com/lunfardo/a.htm>.
- ⁷⁷ Tonto. Ver diccionario de lunfardo
<http://www.elportaldeltango.com/lunfardo/g.htm>.
- ⁷⁸ García Díaz, S. (2005), p. 131.
- ⁷⁹ García Díaz, S. (2005), p. 131.